

La Espera

Año V Núm. 210

Precio: 60 cénts.



LA GIOCONDA, copia del famoso cuadro de Leonardo de Vinci, que se conserva en el Museo del Prado

MÁQUINAS PARLANTES y DISCOS ODEON

La invicta marca de las grandes creaciones

Ultimas novedades: Lola Montes, La Goyita, Calvo, ¿Moreno?...



Roldós y Cia

La Espera

Año V.—Núm. 210

5 de Enero de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA

Última fotografía, obtenida por
el ilustre artista Sr. Franzen.

DE LA VIDA QUE PASA

LA CULTURA ES LO PRIMERO

VERÁN ustedes cómo ocurre la cosa. Una tarde cualquiera, en el café de la plaza ó en el salón de recreos del casino, se reúnen varios distinguidos jóvenes á los cuales viene seduciéndole la idea, y deciden fundar otro casino, pero de importancia y seriedad indiscutibles, inspirado en la más ardorosa y rápida consecución de tales y cuales fines docentes, culturales y de defensa profesional. La «clase» á que pertenecen estos esforzados compatriotas siente—¡cómo no!—anhelos de reivindicación y ansias de mejoramiento. Hay mucho por hacer en pro de la colectividad; es preciso «dar señales de vida»; urge combatir. Hoy cualquier cosa, y no se diga un casino, puede trocarse en trinchera. Los Gobiernos no se cuidan de crear leyes protectoras ó de mejorar y «adaptar al espíritu progresivo de los tiempos» las ya existentes. Aquella colectividad, por la falta de cohesión—endémica en España—necesita vivir con decoro, sí, señor; conquistar derechos, ¡no faltaba más!; recabar las ventajas, ¡bueno fuera!, que á otras corporaciones se les ha concedido. «Hay que luchar, señores y amigos; hay que laborar con fe, con tesón, compañeros. Estamos al borde del abismo. ¡Hemos de seguir así, irredentos e irreducibles!...» — El que ha convocado la reunión tiene descompuesta la voz y mal anudado el lazo de la corbata, lo cual da la medida de sus indignaciones que se traducen en tópicos aplastantes. Todos los asistentes, muy sofocados, aprueban. Un escalofrío exclusivamente patriótico les solivianta la columna vertebral, de extremo á extremo. — Si, es preciso combatir; debemos unirnos para recabar la consecución de nuestras aspiraciones... — Y una turbonada de ilusión y ardimento estremece á la concurrencia, comunicando fulgores de apoteosis al humo apacible de las tazas de café, que aquellos románticos van, elevadamente, dejando enfriar.

Disulta la reunión «en medio del mayor entusiasmo», según expresa con felicidad frase un periodista local, fundado poco después la Sociedad y se alquila un local modesto porque los socios iniciales son pocos, y, como opina luminosamente uno de los más incansables propagandistas de la idea, «principio quieren las cosas».

En su consecuencia, se compra una oleografía del Rey; se encarga un estrado presidencial; se adquiere una cam-

panilla, media sillería de *reps*, un par de mesas para secretaría y utensilios de escritorio.

Después se compran mesitas para el tresillo, ficheros, barajas, más barajas y más ficheros. Organízase la cantina ó ambigú. Arréglase el salón donde han de celebrarse muchas juntas ordinarias importantes y muchos bailes de sociedad. La Directiva sonríe ufana viendo cómo fuman los carpinteros, cómo cantan los albañiles, cómo van y vienen los «artistas» del hierro, del cristal, de la madera y de la escayola. Aquello marcha.

Transcurren los días y los días, muchos días; pero aquello marcha. En los periódicos locales se publican gacetillas halagadoras y radiantes. «El techo, pintado preciosamente por nuestro distinguido paisano...» «El servicio de cocina «correrá á cargo de nuestro querido y particular amigo...» «Mil plácemes merece la Directiva por la actividad que viene demostrando para que en el nuevo local no se omita detalle alguno de suntuosidad y de gusto...», etc.

Cuando todo marcha tan admirablemente, y el dinero—agenciado á costa de laudables diligencias—se ha repartido entre obreros e industriales todos ellos reputados y entendidos, re-

sulta que ya no queda un céntimo para dotar la biblioteca del flamante centro.

Ni un céntimo: esta es la tremenda verdad. El tesorero y el contador de la Junta suspiran con la misma desolación ante la mirada melancólica del presidente.

¡Conflictos, conflictos! ¿Cómo no va á tener biblioteca el nuevo casino? ¡Si precisamente lo primero que se persigue es la cultura, la ilustración, el recreo lícito y honesto de sus futuros socios! Ahí es nada: ¡un centro así, sin libros!... El presidente vacila un instante; frunce el entrecejo; se cruza de brazos, y, como tiene bigote, se retuerce y mesa el bigote. No; aquello no puede quedar así. Los libros—piensa de pronto—son el pan del espíritu...

De pronto sonríe triunfal. Habrá biblioteca; habrá obras de estudio, obras de entretenimiento; habrá pan. Se le ha ocurrido una idea salvadora. Se le ha ocurrido redactar una carta-circular muy atenta, muy elogiosa, hinchada con las hiperbólicas más aduladoras, que remite á todos los publicistas de Madrid y del resto de España. En ella llama ilustre al destinatario; le habla de los fines «esencialmente» culturales que «persigue» el nuevo centro; le confiesa, con gentil sinceridad,

que no hay fondos bastantes para adquisición de libros, y le pide, afabilísimamente, que se digne enviar uno, dos, ó los ejemplares que pueda, de sus obras publicadas...

Las cartas-circulares llegan á sus destinos respectivos, y algunos escritores, encantados de abrazarse los sesos para que nadie se moleste en adquirir, pagándolos, sus libros, piensan en los «fines culturales» y complacen al presidente del nuevo casino. Poco á poco, la biblioteca va aumentando, gracias á los generosos donativos de cien ilustres que tanto amor á la cultura de provincias revelan no cobrando lo que producen. En las salas del centro, entretanto, se juega heroicamente al dominó, al tresillo, al *mus*. La temperatura es agradable, porque no falta carbón en las estufas; el café, en virtud del celo de la Directiva, puede tolerarse; corre el dinero, loco, sobre los tapetes verdes... Sólo en secretaría se trabaja con febril celeridad, repitiendo las cartas-circulares á los ilustres que no han enviado todavía sus libros educadores, maravillosos y admirables.



La canción del torrente

Al amparo de la tarde, que declina lentamente, sepultando el poderío de su luz en Occidente, donde ostenta el sol la sangre de su túnica imperial, y á través de la floresta deliciosa, cuya trama es un palio de berilos rumorosos, se derrama el clarísimo torrente roto en hebras de cristal.

Bajo el rústico tejido de una endebel pasarela van formando los raudales un arroyo donde riela la agonía del crepúsculo con su trémulo fulgor, y la linfa transparente, mientras corre por su lecho pedregoso, accidentado, brillantísimo y estrecho, va diciendo estas palabras con dulcísimo rumor:

—Soy el agua cristalina; con mis besos van las flores transformando sus capullos en corolas de colores que dan vida y dan aromas al ambiente del vergel, y, al nacer alegremente las mañanas del estío, son joyeles de brillantes mis ofrendas de rocío en los pétalos carnosos de la rosa y del clavel.

Sobre el mármol de las fuentes soy penacho tembloroso que la brisa mece á impulso de su vuelo veleidoso, y las sartas de mis perlas voy vertiendo sin cesar, y convierto cada pila de granito en un espejo donde miran los amantes el bellísimo reflejo de sus bocas sonrosadas, deseosas de besar.

A la sombra del oasis, mi corriente limpia y pura es caricia y es consuelo y es torrente de frescura

que amortigua dulcemente la fatiga y el calor de los pobres peregrinos que en penosa caravana van en busca de una tierra que parece más lejana á través de las arenas del desierto abrasador.

Yo conduzco por los mares, á las playas más remotas, los veleros que, volando cual bandadas de gaviotas, se deslizan por mi zarpa superficie de cristal, y, al tenderme en las orillas ruborizadas, mi oleaje, convirtiendo la belleza de su espuma en un encaje, es adorno indescriptible sobre el auríco arenal.

Cuando nace mi soberbia, salto setos, rompo vallas, quebro diques, rasgo muros y echo á tierra las murallas más altivas y más rudas que en el mundo pueda haber, y asolando las campañas y las casas con encanto, yo destruyo, desbarato, desmenuzo, desmorono

cuanto encuentro, que no hay fuerza que resista mi poder.

Soy canción sobre la fuente: soy espejo en los estanques; soy la ruina de los pueblos en mis béticos arranques; soy frescura en la fatiga; soy la savia de la flor; soy la gota y el torrente; lo soy todo y no soy nada, y en los ratos de amarguras de la vida despiadada, asomándome á los ojos, soy consuelo del dolor.

G. GONZÁLEZ DE ZAVALA

FOTOGRAFÍA DE I. BARRADO

E. RAMÍREZ ANGEL

EL CALVARIO LEVANTINO



CÁMARA-FED

ASÍ todos los pueblos valencianos construyen su Calvario ó *Vía-crucis*, en las lomas cercanas á su caserío.

Suele dar acceso á él un pórtico enjalbegado con pasión de blancura y de estilo arquitectónico renacentista, tras el cual y entre mudas hileras de cipreses enhiestos, blancos pilares muestran bajo pequeñas hornacinas «los pasos de la Pasión», pintados con arte primitivo sobre cuatro azulejos en los que se lee en versos «originales» *el paso*, para que los sencillos fieles no se devanan los sesos descifrando la simbólica pintura infantil. Cuadrado tejadillo de azules tejas de Manises, coronado por una cruz de hierro, protege hornacina y azulejos, comunicando aspecto de diminutas pagodas á los pilares del Calvario.

Estos, al paso del tren ó desde la polvorienta carretera, vense ascender en gracioso zig-zag por la ladera de un montecillo, guardados siempre por dobles filas de mudos cipreses, cuya masa verde-oscura destaca más y mejor las enjalbegadas columnas del Calvario.

Al final de la suave loma, pintorescamente decorada por la mano y la fe humanas, descansa como paloma rendida por largo vuelo, la blanca, blanquíssima ermita, donde la piedad lugareña guarda sus preciadas imágenes milagrosas... y hasta donde llegan lucidas comitivas

rezando las estaciones en los domingos de Cuaresma ó el Rosario en otras festividades.

Y es conmovedora la ascensión de los fieles por el Calvario, bajo las estrellas que parpadean imperturbables en la inmensidad de la noche serena, alumbrándose con enormes cirios, entonando cánticos dulcísimos que diseñan el acompañamiento del oboe, del violín y del fagot; ellas, velando su hechicero rostro moreno con la negra mantilla, devotas, recogidas; ellos, graves y hieráticos, colgando de sus angulosos hombros la enorme y tradicional capa dominguera, que se hereda y pasa de padres á hijos, como la alquería, como la escopeta, como el trozo de huerta...

Regresa la procesión con el mismo recogimiento y solemnidad al pueblo, y entra en la iglesia, donde se depositan la sagrada imagen, la cruz, banderolas y pendones á los acordes del órgano centenario y al volteo de las campanas, más centenarias aún...

Pero alguna vez el odio, concretado en la figura de la fiera humana, convierte en tragedia lo que nunca debió serlo... y tras un pilar del Calvario surge de improviso el chacal vengativo y sanguinario que clava su cuchillo acerado en el pecho de su enemigo, que, tranquilamente, con el cirio en la siniestra y el rosario en la diestra, entonaba sus cánticos acompañado por el

violín, el oboe y el fagot, puestos sus ojos en las andas espléndidamente alumbradas de la divina imagen.

Lo que era un símbolo religioso, tranquilo y conmovedor, se trueca en realidad cruenta: el Calvario de blancos pilares, pintarrajeadas hornacinas y mudos y enhiestos cipreses, es Calvario real de un hombre víctima de la traición y del odio humanos, que ni respetan edad, ocasión ni lugar para proclamar que el hombre-fiera primitivo no se ha extinguido aún.

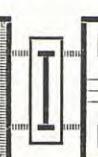
Pero si la fe lo santifica, el amor ennoblecen el Calvario valenciano; y sus hornacinas con versos místicos, sus pilares como pagodas diminutas y sus cipreses que suben al cielo como plegarias de los muertos, son testigos de los juramentos de amor que dos almas puras se hacen... al partir del lugar el mozo soldado ó aventureño, que quién sabe si tornará á recrear sus ojos al paso del tren ó desde la polvorienta carretera, en los zig-zags que trazan los blancos pilares y los oscuros cipreses del *Vía-crucis* levantino, sobre la verde loma festoneada de olivos y naranjos...

B. MORALES SAN MARTÍN

FOTOGRAFÍA DEL AUTOR



UNA RARA MIXTIFICACIÓN
LAS CATACUMBAS DE PARÍS



Detalle de una galería de las catacumbas de París

ANTAÑO, antes de la guerra del 70, estuvo en moda visitar las catacumbas. Se enseñaban á los provincianos y á los extranjeros como una de las más estupendas cosas que encerraba París. Las gentes de educación escasa se asombraban; las de gusto un poco depurado sentían un doble malestar: el de aquél macabro espectáculo y el de que una ciudad como París convirtiese la visión de un osario en espectáculo de atracción.

Y es que París quería tener también unas catacumbas, como las ciudades sagradas de los primeros tiempos del Cristianismo. Se realizó un gran esfuerzo de erudición para probar que los subterráneos que existían en las canteras de Montrouge, de Montsouris y de Gentilly habían sido, si no hechos totalmente, comenzados á hacer por los romanos.

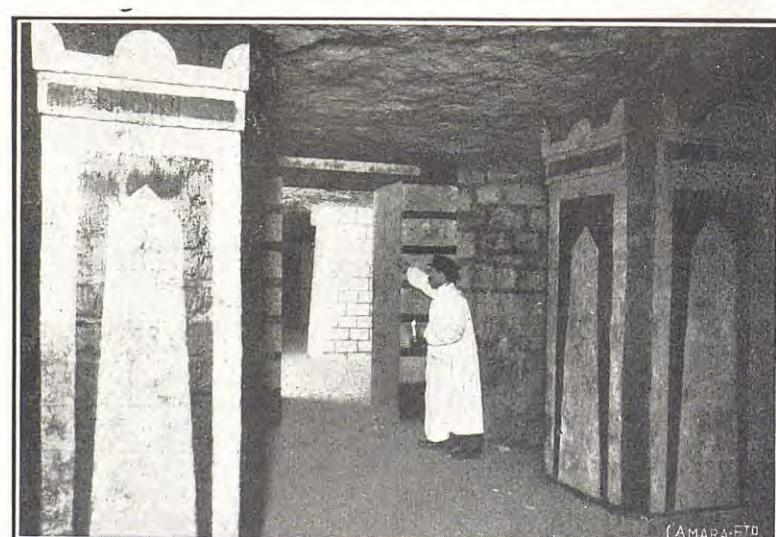
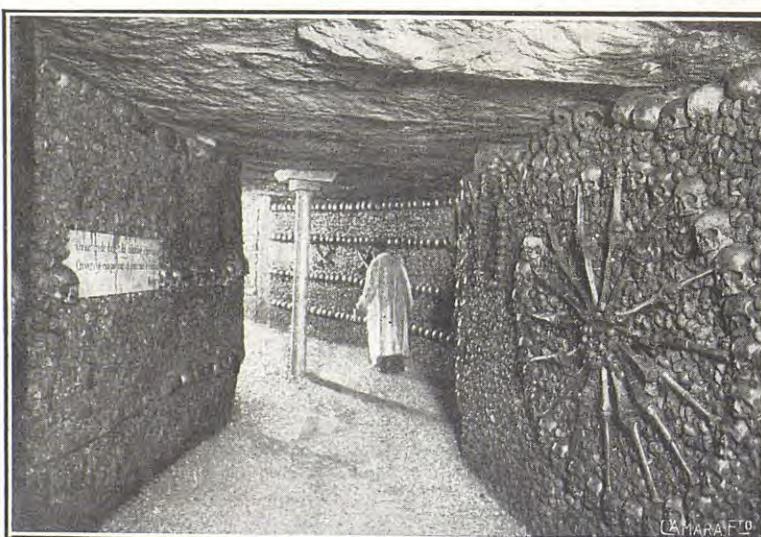
Claro es que las iras anticristianas de Nerón no

llegaron á las Galias con tal fuerza que obligara á los pocos cristianos que allí había á esconderse en las galerías abiertas en las canteras, y más evidente aún parece que ningún torturado cuerpo de mártir fué enterrado allí. Lo único cierto es que para las construcciones en París se extraía de aquellas canteras una piedra de granito blanco que se endurecía al contacto del aire y con la influencia de la luz, del calor y de la humedad. Es posible que los romanos conocieran ya estas canteras y aun que extrajeran piedras de ellas; pero la formación de las numerosas galerías fué obra de muchos siglos, y aun puede asegurarse que de tiempos cercanos, cuando París adquirió, con los herederos de Enrique IV, el embellecimiento y grandeza.

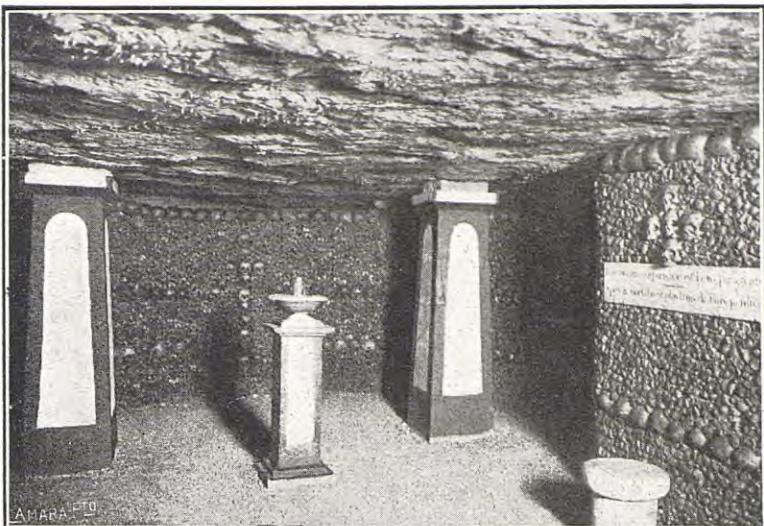
Así, hasta fines del siglo xviii, á nadie se le ocurrió en París que las excavaciones de unas canteras pudieran convertirse en unas catacum-

bas como las de Roma ó las de otras ciudades de Italia. Y lo absurdo, no es que hubiese un desdichado al que se le antojara realizar tal mixtificación, sino que á toda una ciudad le pareciera bien. París, extendiendo su recinto, había llegado á cubrir parte del terreno de las canteras. Se produjeron algunos hundimientos de 1774 á 1778, y el Gobierno ordenó que se hicieran obras de consolidación y ventilación de aquellas galerías. Los ingenieros planearon muros, columnas y arcos, y precisamente cuando se realizaban estos trabajos que quitaban todo aspecto de antigüedad y tosquedad al horadamiento de las canteras, fué cuando se hizo la invención de estas catacumbas.

¡Pero unas catacumbas son un cementerio! En las de Roma se señala á los peregrinos el lugar donde fueron enterrados los cuerpos desgarados, despedazados y aun calcinados de muchos



Otras dos galerías de las catacumbas



Dos aspectos de las catacumbas

mártires que la Iglesia ha llevado á su santoral. Aunque Pedro y Pablo, los apóstoles, dormían su sueño eterno en el Vaticano, fueron trasladados á las catacumbas. Así París, para que la mixtificación fuese completa, necesitaba llevar á sus catacumbas la emoción de la Muerte. Y no se encontró cosa mejor que convertirlas en un osario. Al ensancharse París, al crecer la ciudad en las asombrosas proporciones en que creció apena pasada la Revolución y durante el período napoleónico, quedaban en el trazado de las nuevas calles los antiguos cementerios, que eran innumerables y que estaban adscritos á conventos, iglesias, asilos y otras fundaciones religiosas. Los setenta y tres conventos de París fueron entregando á las flamantes catacumbas los restos de los cuerpos que habían encerrado tanto tiempo. Sólo del cementerio llamado de los Inocentes, que existía desde hacía siete siglos, se extrajeron restos que pertenecían á cerca de mil y medio de muertos.

Haber recogido piadosamente estas cenizas y los huesos que hubiesen resistido la carcoma del tiempo y haber encerrado todo ello en un inmenso osario, bajo una cruz, sin más inscripción que

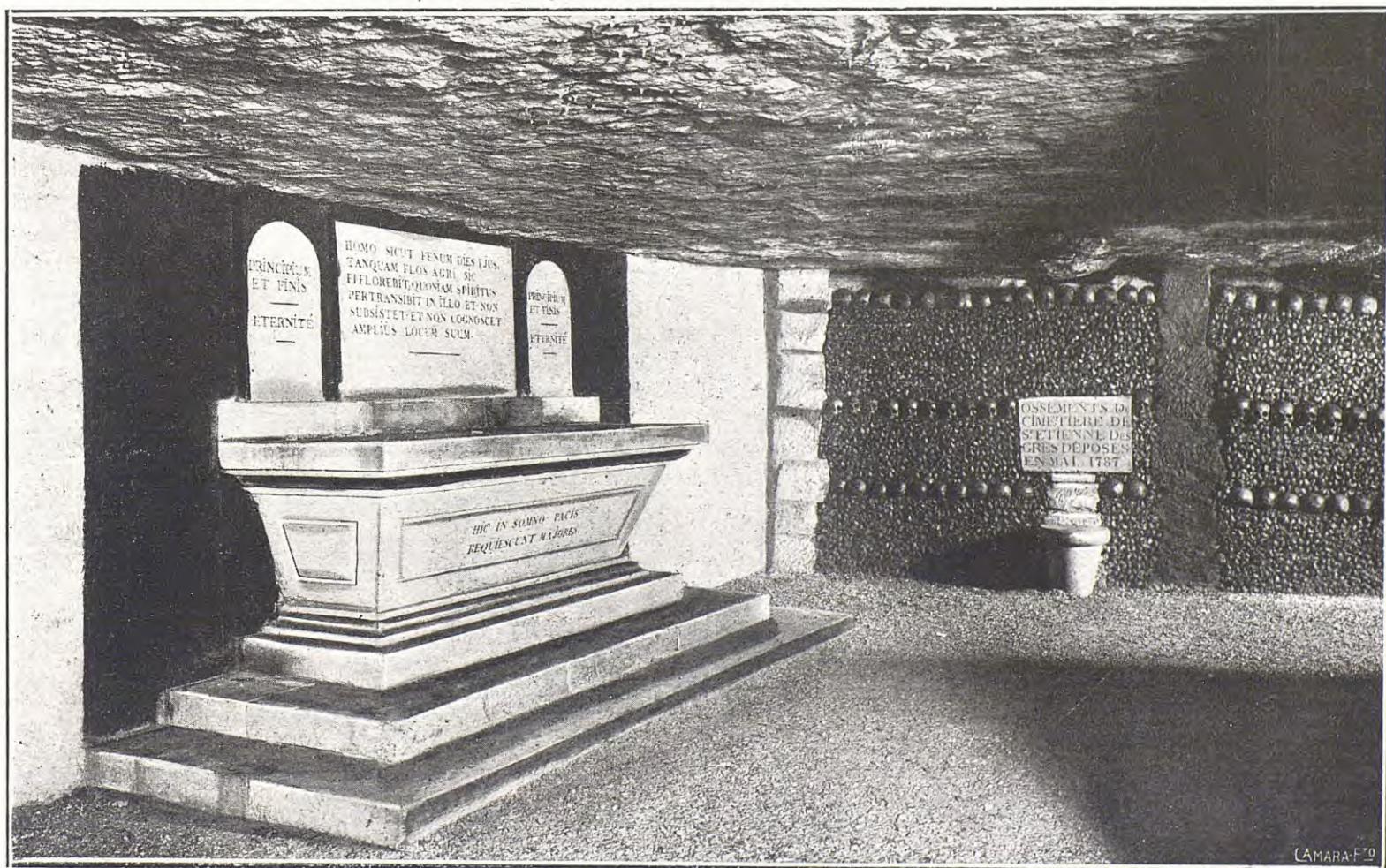
las trágicas iniciales del *Requiescat in pace*, fuera respetable y loable, aun cubierto con la minúscula y risible coquetería de llamar catacumbas á unas galerías de las que acababan de salir las cuadrigas de abaniles. Pero, ¿de quién pudo ser la tremenda idea? Se quiso hacer de las flamantes catacumbas, y para justificar su nombre, un templo de la Muerte. Y se afrentó á los pobres enterrados cogiendo sus calaveras y haciendo con ellas frisos y cruces y círculos y dibujos extraños que se completaban con tibias, sobre fondos de huesos pequeños y huesos rotos... Se llegó á más: se hizo una especie de museo patológico con todos los huesos que parecían deformados por defectos orgánicos, por enfermedades ó por accidentes. Y ante todo esto se colocó una inscripción pidiendo á los visitantes respeto para los muertos!... ¿Qué más respeto que no convertirlos en cosa de feria y exhibición?

Sé ve que todo esto es cosa ridículamente artificial. En vano las sentencias copiadas del Kempis, y los versos fragmentarios de Lemierre, de Delille, de Malfilatre y de Lamartine quieren darnos la emoción del más allá. Cuando comenzamos á sentirnos un poco sentimentales se nos

ofrecen cosas extrañas é inverecundas. He aquí un obrero que ha tenido el capricho de reproducir en la piedra el puerto de Mahón, donde estuvo prisionero; he aquí la fuente de la Samaritana, donde se nos asegura que se criaron unos hermosos peces; he aquí una colección geológica con muestras de las piedras y tierras que Dios quiso poner en el subsuelo de París... ¡Oh, por Dios, la Muerte es cosa más seria que todo esto!

París ya no enseña sus catacumbas á los forasteros y á los extranjeros. Los mismos parisenses no las conocen. Para verlas hay que enviar una solicitud á un negociado del Municipio. Cuando se reúnen bastantes solicitudes se avisa á los peticionarios, y un ingeniero les acompaña en su peregrinación por las macabras galerías. Pero valdría la pena de arrasar toda esa obra de mal gusto y de profanación, y de cubrir con tierra misericordiosa esos millares de calaveras, de tibias, de costillas, de dedos, de anillos de columna vertebral con los que unos artistas siestros han hecho frisos y cornisas y circunferencias y rombos y romboídes en las menguadas catacumbas de París.

MÍNIMO ESPAÑOL



Sepulcros de las catacumbas

FOTS. HENRI MANUEL

LA ESFERA

CUADROS DEL MUSEO



RETRATO DE LA REINA MARÍA LUISA, cuadro de Francisco Goya

NOCTURNO DE AMOR



Es la Noche de cristal.
La Luna, blanca y redonda,
—¡oh, el plenilunio estival!—
tiñe de plata la fronda
del jardín sentimental,

y bohemios escarlata,
bajo la lírica plata
de la fronda del jardín,
riman una serenata
de Arlequín.

Entre mármoles y flores,
damas de enjoadas sedas
y galanes soñadores
tejen por las alamedas
sus amores;

y hay suaves discreteos,
trémulos de galanteos
que mece el aire en sus giros,
y hay promesas y suspiros
y deseos...

A un gran Silfo que en la fuente
de un lago, salta silente,

cubierto el torso de hiedra,
tiende sus brazos, riente,
una Diana de piedra,

y, ante el amoroso halago,
una Ninfa que reposa
en las márgenes del lago,
irguiendo su cuerpo vago,
rie del Silfo y la Diosa.

Es la hora de la cita.
¿Vendrá? La espera el poeta
con ansiedad infinita.
¡Oh, la bella duquesita,
tan frívola, tan inquieta!

Ella conoce las cosas
veladas y misteriosas;
sabe de ritmos diversos,
y canta y gusta de rosas
y de versos.

Ella es sutil. No se engrie
á los elogios. Destie
con calma sus emociones,
y destroza corazones
y sonrie...

Ya liega. Rápida y leve,
va Hollando con su pie breve
las sendas, blancas de Luna.
Dijérase, al verla, una
pajarita de la nieve.

Va, llena de luz, cantando...
El poeta, suspirando,
vierte en su oído honda queja.
Ella, riendo, se aleja.
El la sigue, sollozando.

Es la Noche de cristal.
La Luna, blanca y redonda,
—¡oh, el plenilunio estival!—
tiñe de plata la fronda
del jardín sentimental,

y bohemios escarlata,
bajo la lírica plata
de la fronda del jardín,
riman una serenata
de Arlequín.

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE VELUGO LANDI

CUENTOS DE "LA ESFERA"

HISTORIA DE UN POBRE DIABLO



En el país de Bagatela—ísula lejana é inhóspita, perdida en medio del Océano Atlántico, sin vínculos ni alianzas con las naciones europeas, por fortuna para éstas—ejercía el poder, en una época de agitación revolucionaria, el dictador Maukerik-al-Mallaik, persona grata á las gentes de orden de la isla. Las fuerzas vivas de la isla eran cuatro miserables vendedores de baratijas de oro y plata á los europeos que desembarcaban en la isla, por curiosidad de turistas, cuando un trasatlántico hacía escala; un fabricante de productos químicos, que preparaba abonos á los agricultores con el estiércol, abundante en las calles de la capital, y con las algas de las playas; un cursi sociólogo, rector de un pomposo liceo técnico donde se congregaban cuatro negritos zambos de los alrededores; el obispo titular de Olimpiada, *in partibus infidelium*, que había sido misionero apostólico de aquella isla, y residía en ella por gratitud á los salvajes, que no le habían escabechado, como es uso y razón en aquellos distinguidos íncolas...

Todas estas fuerzas vivas estaban conformes con el gobierno de Maukerik, que era recto, justo é integro. Nadie le pudo tachar jamás de haber depauperado las arcas del Erario; no se le acusó de nepotismo, al punto de que su hijo, el Delfín, considerado por todos como uno de los talentos más sólidos de su patria, no había merecido de su padre ni aun el honor de ser su secretario particular, y andaba escondido por

las dos ó tres bibliotecas del pequeño reino, dedicado á investigaciones históricas sobre los aborígenes de la isla y sobre el reinado de un rey extraño que gozara fama de endemoniado allá en el siglo de oro de la isla: el rey Al-Carolik-Ekii.

Estalló en la isla un movimiento revolucionario dirigido contra el monarca, que era un muchacho de buenas intenciones y claro talento, á quien todo el mundo estimaba: El-Bourbenik-Alfinak, que apenas había tenido tiempo de hacer mal ni de hacer bien. Las gentes le querían; iba al Coliseo Continental con frecuencia; jugaba bien al *lawn-tennis*, que ha sido importado entre aquejos salvajes por los pasajeros de los barcos que iban con rumbo á la India inglesa. En suma: un chico bien, que aún no había tenido ocasión de revelarse como rey, y á quien se estimaba. La revolución, en el fondo, iba contra Maukerik, de quien los isleños estaban fatigados, sin poder concretar sus reproches. Se cansaron de él como los helenos se cansaron de Arístides: por ser demasiado justo...

La Prensa elevó un clamor de protesta contra el gobierno de Maukerik. La Prensa de la isla componíase de tres diarios importantes y un semanario de menor cuantía: *El Portavoz de Bagatela*, *El Clamor de la Isla* y *El Isleño*. El semanario titulábase, limpia y diáfanaamente, *La Verdad*. Tanto *El Clamor* como *El Isleño* y *El Portavoz*, pusieronse de acuerdo, y elevaron al trono de El

Bourbenik sus quejas contra el Gobierno tiránico, humillante y opresor de Maukerik. Asfixiaba aquél hombre; hacía sentir demasiado su autoridad; agarrotaba la libre iniciativa individual... Este era el sentido de todos los artículos del triunvirato periodístico, que se repetía á diario, monótono y plañiente, como un mendigo á la puerta de una catedral...

En vano *La Verdad*, mansa y humildemente, replicábales cada semana que aquel execrado tirano era el que, por casualidad, había restablecido la pureza del sufragio universal, muy corrumpido en la isla; era el que, por casualidad, había votado la descentralización de los Municipios; era el que, por casualidad, había soñado con reformas autonómicas para la isla de la Chirigota, colonia de la Bagatela, que se había emancipado de ella sin esfuerzo pocos años anteriores; era el que, por casualidad, había tratado de poner en comunicación á la Bagatela con las naciones europeas...

El triunvirato no respondía concretamente á esos argumentos, ni dirigía cargos específicos al dictador; embrollaba el asunto, hablaba de la dignidad nacional, pronunciaba vagas frases clamatorias, envolvía en confusión las respuestas... Y cuando se cansaban de hostigar á Maukerik con sus saetazos, mortificaban á Yi-Renardik, un lugarteniente del dictador, más impopular aún que él. Al Delfín jamás le aludían, porque eso era darle personalidad, y no estaban

por la labor, según decían en un *argot* chulesco que no les iba del todo mal.

En plena canícula, cuando el sol tórrido incendiaba las meses, estalló el movimiento insurreccional contra Maukerik, preparado por la campaña lenta y continua del triunvirato de Prensa. La revolución no explotó en Santa Isabel de la Bagatela, capital del reino, ciudad chirigotería y alegre, más amante del vino, de las buenas mozas y del baile que de las algaradas y motines, sino en Santa María del Mar, el puerto comercial de mayor importancia y la segunda ciudad de la isla, «donde aún no estaba atrofiado el sentido de la dignidad ciudadana», como dijo al día siguiente *El Isleño*. La revolución fué reprimida con mano dura por Maukerik y su lugarteniente; dos ó tres *leaders* de la causa fueron fusilados.

Entonces *El Clamor*, *El Isleño* y *El Portavoz* pusieron el grito en el cielo; *El Clamor*, sobre todo, se elevó de tal manera, que pedía una represalia personal contra Maukerik. El monarca, como joven e inexperimentado que era, se aterró un poco, valga la verdad, ante el clamor público, que era realmente vigoroso y parecía justiciero.

Mas lo curioso del caso fué que, interin Maukerik iba gobernando, un subalterno suyo, El-Murlik, le estaba minando el terreno, sorda, tortuosa y solapadamente. Siempre que en un corro de periodistas se le interpelaba acerca de su jefe, contestaba: «¡Sí; tan inteligente, tan honorable...; pero poco flexible!»

No tuvo la osadía de enarbolar bandera contra su jefe; eso hubiera sido demasiado audaz, y tenía sus riesgos, dado el carácter enérgico de Maukerik. ¡Oh, no!... Lentamente, mansamente, en los corrillos del Parlamento, en las antecámaras del Palacio Real, soltaba su pildorita: «Ese hombre... ¡Tan inteligente, tan honrado, pero tan poco dúctil!...» El pobre diablo, que no tenía mentalidad, ni cultura, ni largo alcance, que

escribía como un aguador y hablaba chabacanamente con todos los tópicos manoseados, fué, sin embargo, creándose una reputación de hombre hábil, dúctil, sereno, de gran gobernante... y hasta, *horresco referens*, de sociólogo.

Maukerik-al-Allaik tuvo la debilidad de hacerlo presidente de los Cuerpos Colegisladores, que allá se resumen en uno, porque á la Bagatela aún no ha llegado, por fortuna, el régimen bicameral. Se habla de los Cuerpos Colegisladores en plural; pero es una figura retórica. Pasa lo que en los buenos matrimonios: un alma en dos cuerpos... y á veces estos dos cuerpos se juntan tanto, que fácilmente se confunden con uno!...

Con este cargo se causó gran disgusto á Yl-Renardik, y se le dió á El-Murlik un arma poderosa. Allí sí que pudo, en las deliberaciones violentas de la asamblea, echar mano de toda su ductilidad, amansar los ánimos con el ejemplo de su mansedumbre, cabildear e intrigar con unos y otros; en fin, templar gaitas, que era su especialidad... Todo el mundo decía en los conciliábulos secretos del pasillo circular: «¡Oh, este El-Murlik! ¡Qué afable, qué dúctil, qué simpático!...» Y luego, como remate: «¡Qué diferencia del otro!...»

El-Maukerik jamás hablaba con los chicos de la Prensa—que allí suelen ser, como aquí, entrometidos y locuaces—, ó les hablaba desde su altura de estadista, desde la poltrona presidencial, que si no es el Olimpo, tampoco es un zaquímí... Y esto enojaba á los reporteros; abrumables con el peso de su superioridad. Querían que les hablase «de igual á igual»; era la frase consagrada en la Bagatela, donde en las relaciones sociales hay una democracia pegadiza, aunque, en lo positivo, se fusile al moro Muza en la punta de una lanza... ¡Oh, á aquel hombre no se le podía soportar, con sus aires de Júpiter Tonante! ¡Oh, en cambio éste, El-Murlik, sentándose en un corro á la puerta del *Snob-Club*,

entre reporteros y vendedores ambulantes!...

La fama de El-Murlik fué subiendo como la espuma; los tres diarios, confabulados, entretenían loanzas al pobre diablo, con alusiones périfidas á la jefatura del partido y teorías acerca de derecho político que refrendaban con la autoridad de un Guizot, y, á veces, de un Burgess ó de un Wilson. El siempre se negaba á toda tentativa de usurpación; modesto, hábil, escurridizo, jamás manifestó aspiraciones á ser el *leader*. Cuando se le hablaba de esto sonreía con sonrisa equívoca. Pero la Prensa le aduló tanto, que llegó á creerse realmente un Tayllerand de la Bagatela. Soltaba sentencias apodícticas en los círculos políticos: «Gobernar es transigir... Sin tolerancia no se pueden tomar las riendas del Gobierno...»

Por fin, el monarca llegó á compenetrarse tanto con la opinión general expresada por la Prensa, que llamó á consulta á El-Murlik, en una crisis violenta que El-Maukerik provocó, harto de malas caras y secas respuestas que veía y oía de labios del monarca. El pobre diablo fué encargado de formar Ministerio. Hubo repique general de campanas... La opinión estaba satisfecha; la Prensa, sobre todo, respiraba á sus anchas.

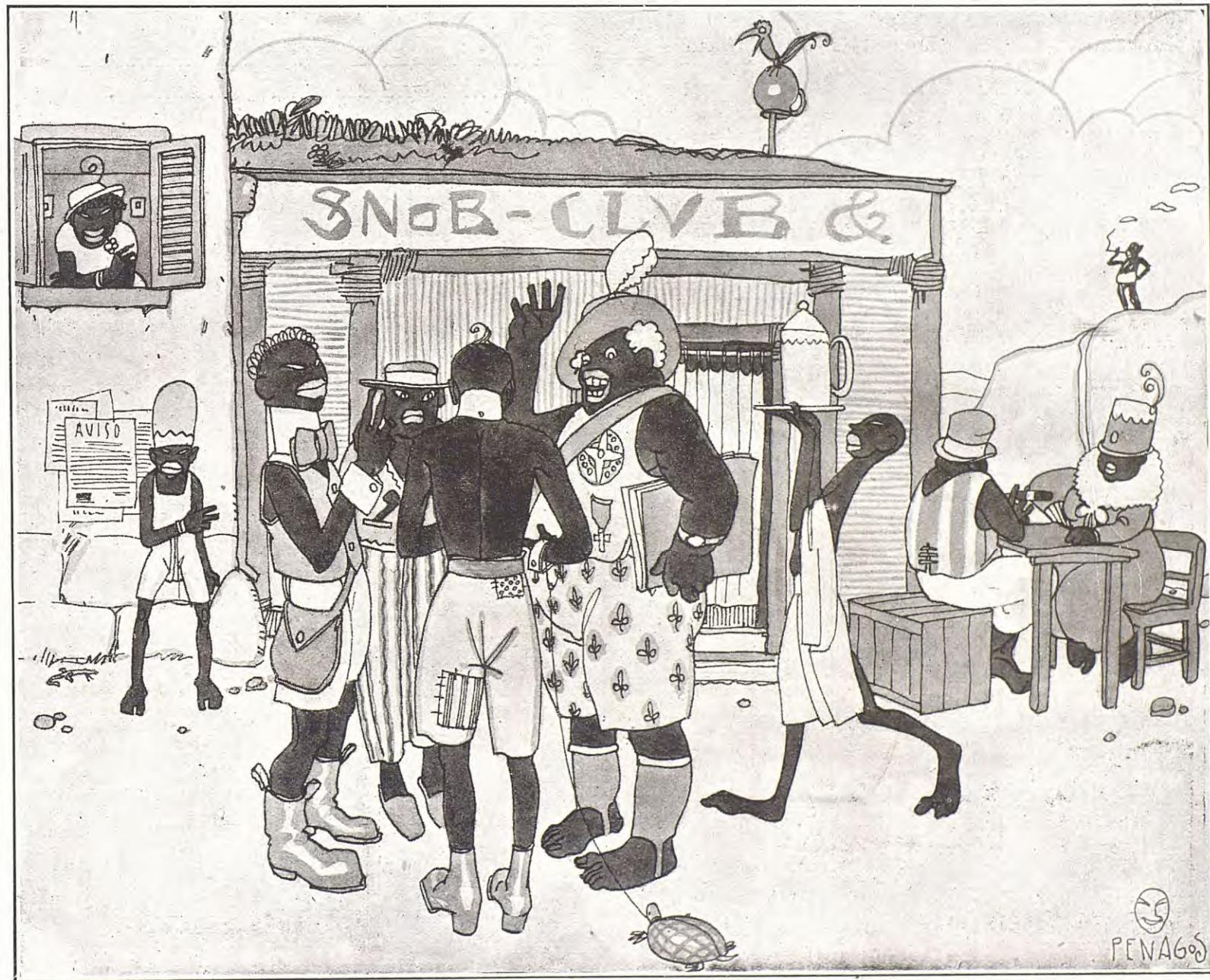
Y ahora El-Murlik es un grande hombre... en la Bagatela. Hasta El-Maukerik le saluda afable, y no hace mucho le dijo, en la antecámara de la Presidencia:

—Señor pobre diablo, hay que rendirse á la evidencia. Ya sabe que me tiene á sus órdenes... Y entonces El-Murlik ha tenido una frase épica:

—Me preocupa mucho la situación del Delfín. Le daremos la Administración de Rentas estancadas...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

DIBUJOS DE PENAGOS



EL TERREMOTO DE SAN SALVADOR



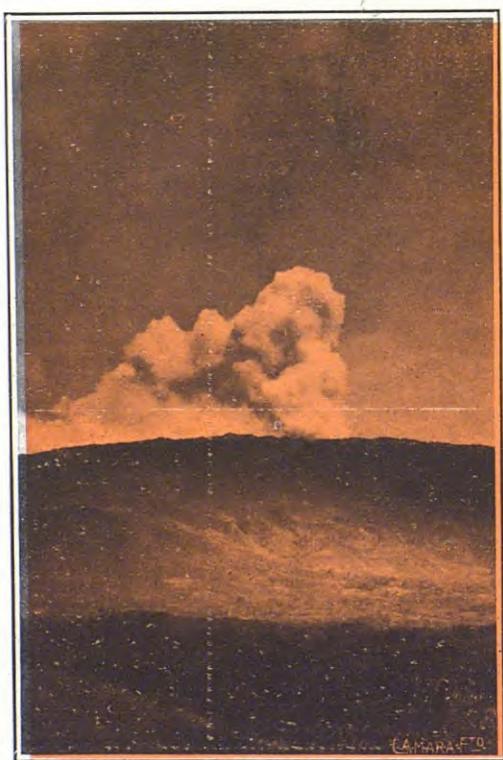
Vista del nuevo cráter del volcán de San Salvador, después de la terrible erupción del 7 de Junio último

EL 7 de Junio último, á las siete menos cuarto de la noche, se sintieron en San Salvador, capital de la pequeña República centro-ame-ricana de El Salvador, las primeras sacudidas de una serie de terremotos que, por su violencia inicial, sembraron en seguida la alarma entre los moradores de la capital, harto habituados, sin embargo, á convivir entre frecuentes temblores, los cuales han sido ya, en la historia de los cinco Estados que forman Centro-América, la causa de terribles catástrofes.

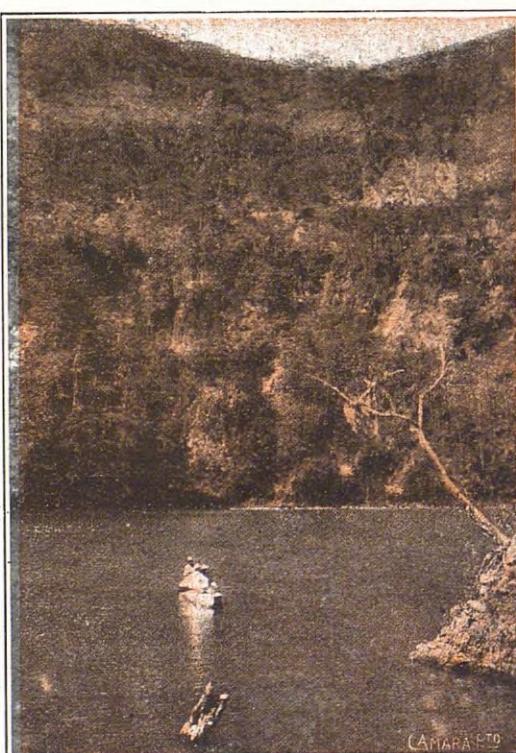
Todas las regiones de esta parte de América son de formación esencialmente volcánica; en la

que ilumina el cielo; el San Miguel, el San Vicente pertenecen á la historia de El Salvador. La nomenclatura de estos picos que levantan airoosas sus cimas esbeltas de cinco, diez y hasta catorce mil pies, sería indefinida... Y si pasamos de la de los volcanes á la de los lagos, también veríamos que, en estos países, no hay lago que no sea de origen volcánico, y en los cuales se producen á menudo fenómenos extraños.

Tal es el aspecto general de Centro-América, y puédese afirmar que esta región del globo está en período de formación y que la costra terrestre no ha adquirido aún su inmovilidad secular.

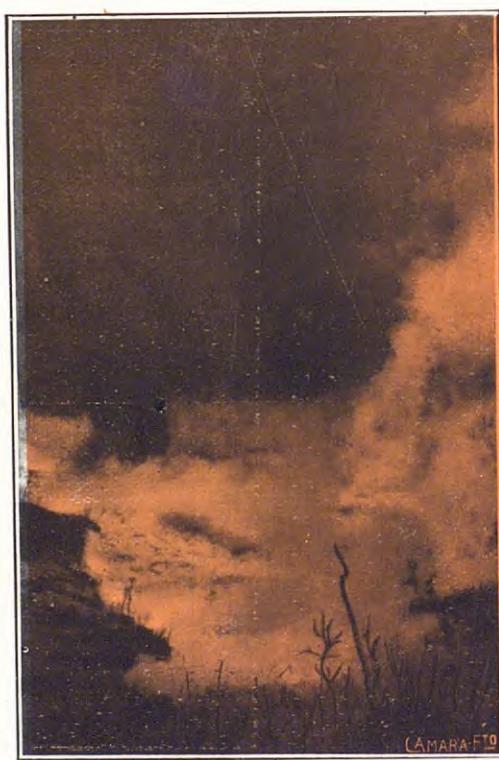


Aspecto del volcán durante la erupción



Lago que se había formado en el fondo del antiguo cráter del volcán de San Salvador, y que ha desaparecido con motivo de la última erupción.

lengua de tierra que, desde el Sur de Méjico hasta Venezuela, une las dos mitades del nuevo continente y deja pasar—corriente irresistible—la cordillera de los Andes, no hay comarca que no sea montañosa; no hay montaña que no haya sido ó sea volcán y tenga sus leyendas negras. El volcán de agua y el de fuego forman parte de la historia de Guatemala; el Isalco, denominado faro de Centro-América por Elíseo Reclus, pues, á lo lejos, el viajero vislumbra sus cumbres, siempre de noche visibles, por el fulgor



La laguna del "San Salvador" durante su evaporación



Tres momentos de las terribles erupciones del volcán "San Salvador"

Uno de los terremotos más fuertes, sentidos en aquellos países, ha sido, sin duda alguna, el ya citado de 7 de Junio último; destruyó la ciudad de San Salvador; pero, afortunadamente, sus habitantes, salvo raras excepciones, así como los de Santa Tecla y Armenia, se salvaron, pereciendo contadísimas personas. En efecto, las primeras sacudidas se sintieron, como hemos dicho, á las siete de la noche, y fueron gradualmente en aumento hasta las nueve, momento en que reventó el extinto volcán de San Salvador por el costado, abriendose siete inmensos cráteres é inundándose toda la vertiente de lava, cuyo espesor medio es de tres á cuatro metros, en una extensión de quince kilómetros de largo

y unos ocho de ancho. El cielo se iluminó como en una puesta de sol, y al mismo instante quedó la capital convertida en escombros. Puede calcularse en un 80 por 100 las casas derrumbadas. Las gentes se habían refugiado en las plazas públicas y en los campos vecinos donde, aterradas, esperaban, en actitud emocionante, la muerte, creyendo ver de un momento á otro abrirse la tierra bajo sus pies.

Los aparatos seismográficos registraron aquella noche más de quinientos terremotos, y el «periodo de temblores», según idiomatico del país, duró cerca de seis semanas.

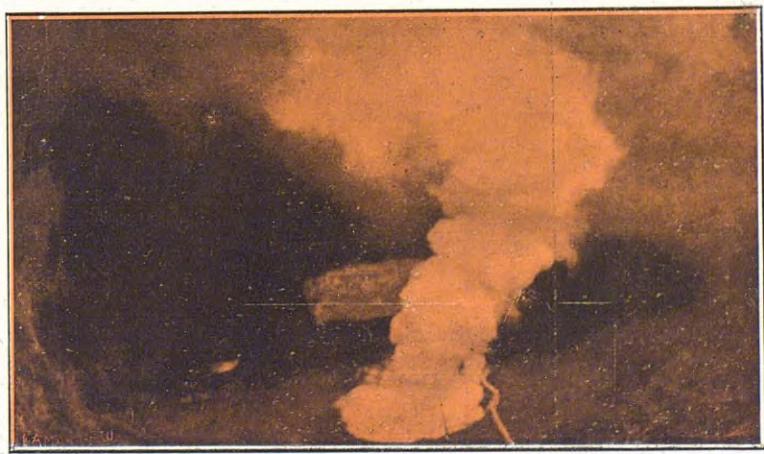
Uno de los fenómenos más curiosos que se notaron en el curso de estas semanas, fué la



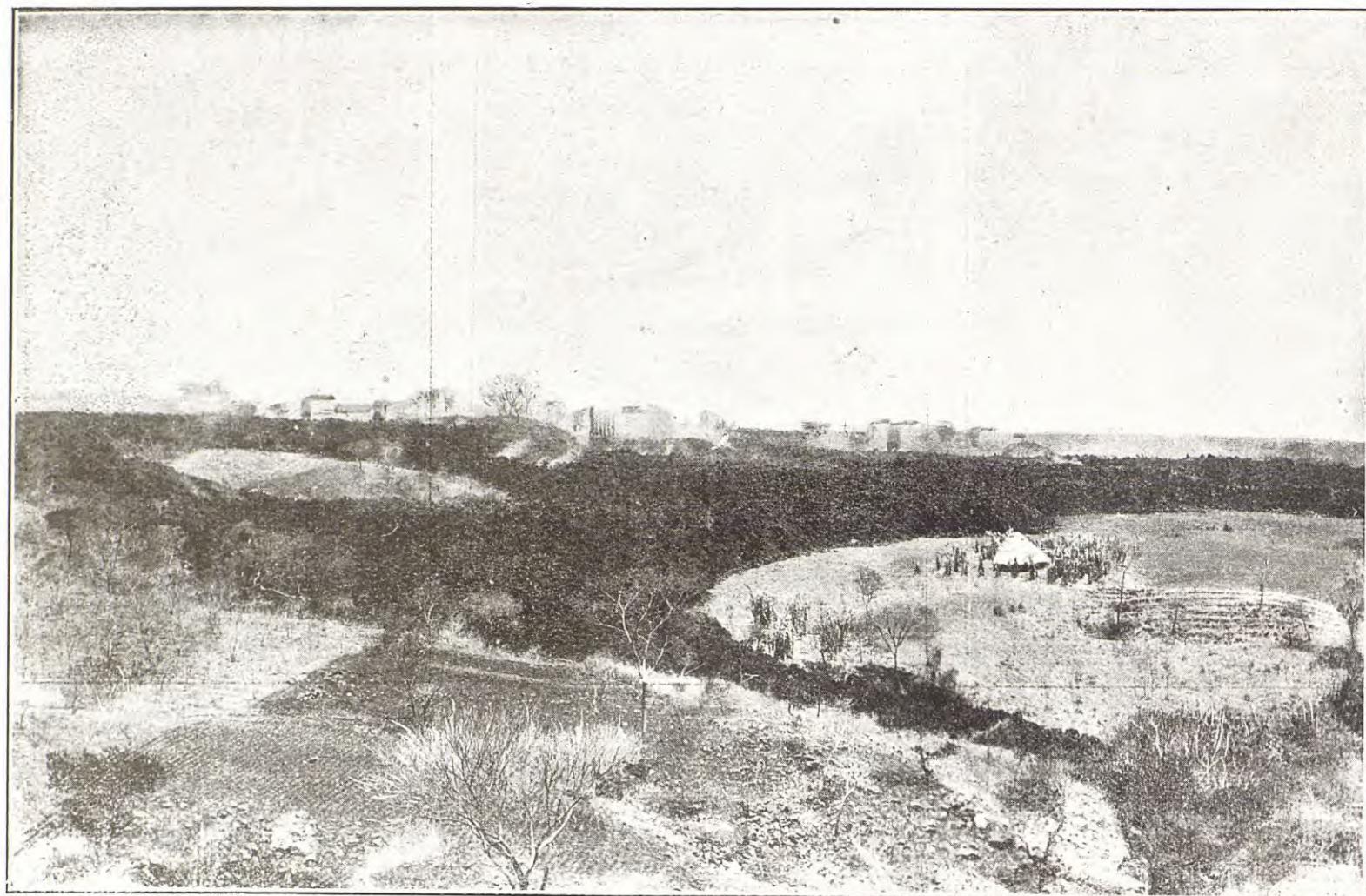
El volcán de San Salvador, visto desde la capital



La laguna de San Salvador durante el hervor que hizo desaparecer el agua



La laguna después de la evaporación del agua, viéndose el cráter en el fondo



Campos de San Salvador inundados por la lava

desaparición de la laguna del «San Salvador». El «San Salvador», volcán hasta ayer extinto, tiene unos cinco mil cuatrocientos pies sobre el nivel del mar; domina la capital de la República y existe en su cumbre un «boquerón», antigua boca del apagado cráter, de grandes dimensiones, cuya forma es la de un embudo de cuatrocientos metros de profundidad y unos mil quinientos de anchura en la parte alta; en el fondo, un lago pequeño (300 metros de diámetro), pero pintoresco, era el punto de reunión de muchos excursionistas. La Naturaleza feraz de los trópicos había tapizado de árboles gigantes y de vegetación frondosa las paredes que descendían del borde del «boquerón», á las orillas de la silenciosa laguna.

El 22 de Junio, dos semanas después del terremoto, un español, el coronel Martín Garrido, en excursión hacia los cráteres, pasó por lo alto del «San Salvador» y quedó sorprendido al comprobar que cada siete minutos formábase un hervor en el propio centro del agua; sacó de ello una fotografía única, pues cuando tres días después fuimos al mismo sitio, atraídos por el relato de este jefe, los señores Peccorini, Bártoli, Alarcón y yo, vimos un lago en completa ebullición, hirviendo á borbotones, y columnas de vapor subir en densas nubes cuyo blanco inmaculado destacaba sobre las paredes verdes del «boquerón» y perdían-

se más alto, en los cielos azules crudos de estas regiones tropicales.

Volvimos; ¿quién no hubiera vuelto para contemplar espectáculo tan hermoso? Tres días después el lago se había evaporado, lo mismo que en un sueño, y en lugar suyo un enorme cráter vomitaba cada minuto y medio inmensas cantidades de gases, de azufre, de lava incandescente...

La decoración de antaño, cambiada por completo; el lago ideal, el sitio de amenas excursiones cede el paso á un espectáculo horrendo, algo como lo que hubiera podido sugerir al genio de Dante las descripciones de su Infierno. Los árboles gigantes, torcidos y quemados; la Naturaleza

feraz y verde, seca; la tierra viva, quebrada y muerta.

Y en lo más profundo de este enorme embudo, una fragua inmensa, tras de la cual se sentían las convulsiones de fuerzas subterráneas, buscando su desahogo en erupciones violentas, acompañadas de estrépitos ensordecedores, ecos, en aquella entonces pacífica América, de la artillería más poderosa bajo el poder sobrehumano que domina al mundo. Y los retumbos de estas ráfagas, metódicas y regulares, se sentían á más de veinte kilómetros, en la capital, donde á veces temblaban las vidrieras de las casas.

A cada explosión, la montaña entera se estremecía, cual un cuerpo que vomita, cada vez que la dinamita volcánica forzaba su paso á través de aquella boca infernal.

Las columnas de gases y de humo se elevaban á más de tres mil pies, cubriendo el cielo con sus nubes, mientras las piedras, la lava, las rocas y cuanto de las entrañas de la tierra saliera, recaía en el círculo negro y siniestro de lo que fué poco antes la laguna azul y risueña del «San Salvador».

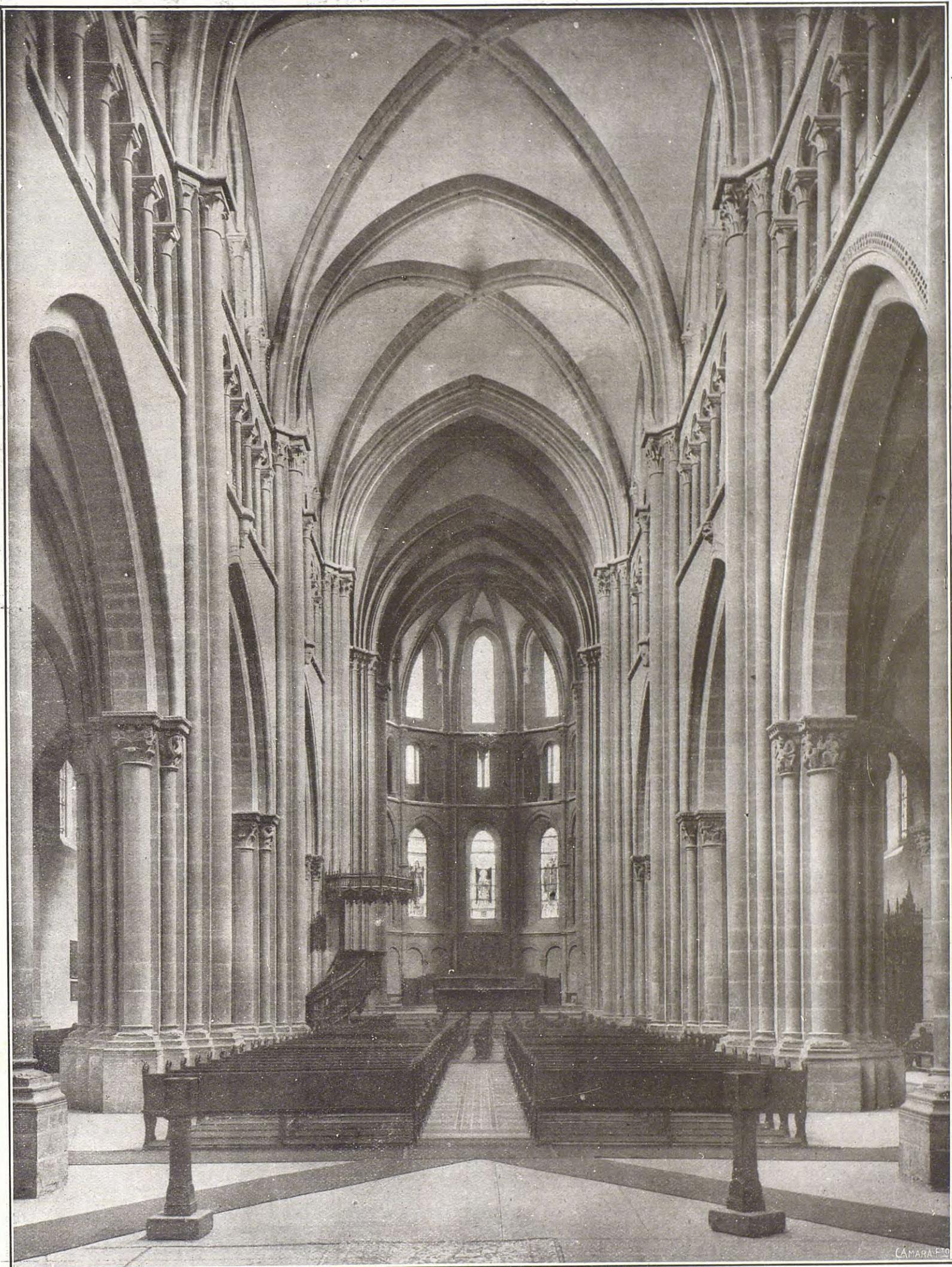
Nunca podrá olvidar tan maravilloso espectáculo, á nada humano comparable. Era una batalla en la que imaginábamos soldados á los ocultos genios de la tierra.



Altura que alcanzó la lava en los campos de San Salvador

EL CONDE DE SAN ESTEBAN DE CAÑONGO

MONUMENTOS EXTRANJEROS



INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO, EN GINEBRA (SUIZA FRANCESA) FOT. A. G. WHERLI

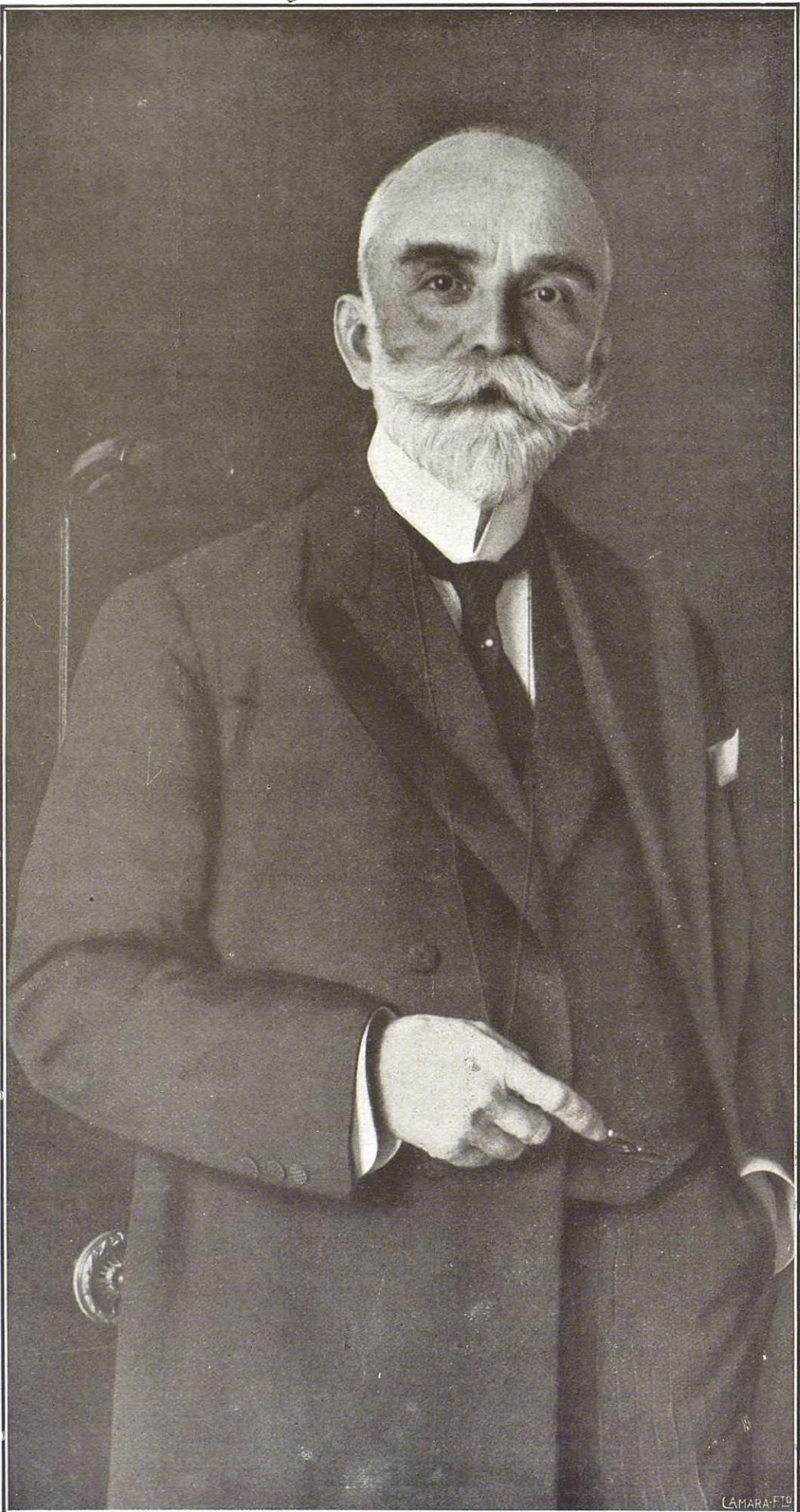


EL PARQUE DE LOS CIEROS, EN SAINT MORITZ (SUIZA)

Foto: S. Wherli

NUESTRAS VISITAS

EL PRESIDENTE CAÍDO



LAMARATE

D. BERNARDINO MACHADO

HICIMOS un corrito alrededor de una mesa, y así esperamos, sentados en el *hall* del *Palace*, á que el presidente caído nos recibiera.

Se acercó Gemelli, con su chaquet espléndido, sus bigotes imponentes y nos dió una poquita de conversación. Falta nos hacía. El aburrimiento, ese aburrimiento espantoso que se siente en los sitios confortables, se iba apoderando de nosotros. Estábamos al filo del sopor, y Dios sabe si nos hubiéramos dormido.

Después, el sabio Carracido vino á ensanchar el corro y los límites de nuestra distracción. Este nos habló de su amistad entrañable con don Bernardino.

Por el centro del *hall* pasó Vasconcellos con su chaquet cintead.

Llegó hasta nosotros una damita frágil, pálida, breve, de cabellos rubios y facciones pequeñas. Era una flor de estufa. Era una de las hijas del presidente. Nos habló en portugués, con una dulzura de acento que parecía las notas de una alborada.

—Dice mi papá que tengan la amabilidad de esperarle, que está terminando de tomar el baño.

Y tras de hacer una dulce reverencia, llena de confusión y rubor, la niña frágil y pálida huyó á reunirse con otras dos damitas que, menos resueltas seguramente, la aguardaban en las cercanías del comedor.

Pasaron diez minutos y, al fin, apareció en la rotunda el sabio doctor don Bernardino Machado. Por los retratos se adivina que el trazo más enérgico y seguro del espíritu del presidente de la República vecina es la dulzura y la bondad. En efecto don Bernardino es un hombre plácido, exageradamente cortés, y su rostro posee una serenidad verdaderamente apostólica. Tendrá unos sesenta y tantos años; su barba, muy cuidada, es completamente blanca, y contrasta con la negrura de sus cejas, muy largas, y sus ojos, también negros y de viveza extraordinaria. Viste con pulcritud exagerada... Aquella mañana, de levita, pantalón listado y botas de charol. La corbata de seda estaba aprisionada por una perla insignificante.

Pasamos al salón de visitas el presidente, Campúa y yo. Allí, al mismo tiempo que tomábamos asiento, nos dijo el presidente:

—Tengo mucho gusto en ponerme á la disposición de ustedes—. Y después agregó con amargura: —Claro que pocas cosas interesantes puedo yo decirles, y sí muchas muy tristes.

—No obstante, señor presidente, más que por la triste actualidad que le rodea, por llevar su ilustre personalidad á nuestra colección de figuras de LA ESPERA, nos hemos decidido á visitarle.

—Y yo estoy muy agradecido. Pregúnteme usted cuanto deseé.

—¿Usted me lo permite?

—¡Oh!—exclamó sonriendo bondadosamente—. ¡No faltaba más! ¡Está usted hablando con un republicano!

—Con un presidente de una República—corremos.

—Sí, en efecto—agregó tristemente—. Yo soy el presidente de la República portuguesa por derecho. Me eligió el pueblo hace dos años, y todavía no ha revocado su mandato. Un acto de violencia me tiene alejado de mi sitio; tras de la violencia vendrá la serenidad y la cordura; se reconocerá que se ha atentado contra la Constitución, y el pueblo impondrá de nuevo su voluntad.

—¿A usted le sorprendería el golpe de Estado?

—Me ha sorprendido, como sorprendió á todo el mundo, al pueblo entero; pero de seguro que muy pronto se restablecerá la normalidad y volverán las aguas á sus naturales cauces.

—¿Qué persiguen los revolucionarios?

—Mire usted: son un grupo de impacientes por gobernar y que, sin tener en cuenta las circunstancias difíciles por que atravesaba la patria—circunstancias de guerra—, y que, por el contrario, sacando partido de ellas contra el Gobierno, se lanzaron á la trágica aventura, que nos sorprendió á todos los que anteponemos el patriotismo á otras miras egoísticas.

—¿Cuánto tiempo le han impuesto á usted de destierro?

—Todo el que me queda de presidir la república. Dos años.

—Y el pueblo ve con buenos ojos este destierro de usted?

—¡Oh!, mi pueblo á mí me quiere entrañablemente; el pueblo no quería que estuviera alejado de él ni dos días; pero ahora mismo está bajo los efectos de la más profunda sorpresa.

—¿Usted fué el fundador de la república?

—Sí, señor; yo tuve la dicha y el honor de fundar la república portuguesa, que era la forma de gobierno que más armonizaba con los sentimientos democráticos y avanzados de Portugal.

—Y dígame usted, don Bernardino, ¿en qué se basaba el descontento de los revolucionarios que se han apoderado del Gobierno?

—En que no disolvía las Cortes. Estos partidos pedían la inmediata disolución, sin tener en cuenta que en Portugal las Cortes se constituyen por tres años, y el presidente de la República, si atiende con escrúpulos naturales los dictados de la Constitución, no tiene derecho para disolverlas.

El presidente caído hizo un gesto de agobio; después se sonrió apostólicamente y murmuró:

—No hay excusa. Han sido arrastrados por una censurable é indómita impaciencia que no tiene justificación.

—¿En dónde pasará usted su destierro?

—No lo tengo decidido todavía; entre otras cosas, porque confío en que pronto volveré á Portugal. Aquí en España me encuentro como entre una gran familia mía. Tengo numerosos amigos, pero amigos de verdad, amigos del alma.

Algunos, tal vez los más fraternales, han desaparecido. La muerte de mi viejo y entrañable camarada Azcárate coincidió con mi llegada. A sus restos dediqué mi primera visita. ¡Pobre amigo!

Y la voz del noble presidente se vela por una profunda emoción dolorosa.

—¿Conoce usted España?

—Sí, sí. Todos sus rincones. La conozco, la admiro y la quiero.

—Quiere usted que hablemos de su carrera política?

—Con mucho gusto.

—¿Nació usted en Portugal?

—No, señor; yo soy hijo y nieto de emigrantes. Nací en Río Janeiro; á los ocho años abandone mi tierra, y ya no volví por allí hasta que fui de embajador. En Oporto estudié mi carrera y me doctoré. Al poco tiempo ganaba la cátedra de Antropología en Coimbra.

—¿Cuántos años ha desempeñado usted la cátedra?

—Media vida, amigo mío. ¡Treinta años! Treinta años entregado á los afanes de enseñar al pueblo, que, en realidad, ha sido mi único amor.

—¿No fué usted ministro de la monarquía?

—No, señor—corrigió—. Fuí ministro de Obras públicas dentro de la monarquía, que no es lo mismo. Y convencido entonces de que Portugal no tenía salvación con el régimen monárquico, me alejé muy apenado de la política y me reintegre á mi tarea de educador. Recorrió todo Portugal dando lecciones de educación cívica, hasta

que vino la república; fuí senador, presidente del Consejo y, en 1914, me eligieron presidente de la República.

—¿Tenía usted bienes de fortuna?

—Sí, señor; en realidad, mi carrera política se la debo á mi padre. El me aseguró las condiciones de vida económica, y, en esta situación, no tuve que luchar nada más que por el ideal político.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Don Bernardino hizo un gesto cómico y exclamó:

—¡Quince! Casi un pueblo. El mayor cuenta treinta y cuatro años, y el menor nueve. Tengo dos en las avanzadas de Francia, y muy en breve se incorporarán otros dos.

—¿Cuántos le acompañan á usted en su destierro?

—Dos hijas solamente. Allá en la patria quedó mi señora con los otros pequeños.

—Y, después de este desengaño, ¿no piensa usted abandonar la política?

El venerable presidente se irguió altivo, como el mástil de una bandera:

—No, señor; de ninguna manera. Yo no vivo más que para mis ideales políticos, que es lo mismo que si le dijera que consagro mi vida á la patria. Y esto es tan entrañable en mí como el amor que se siente por los padres.

Hizo una pausa solemne. Cogió entre sus dedos sus lentes de concha y terminó:

—Yo seré siempre... político.

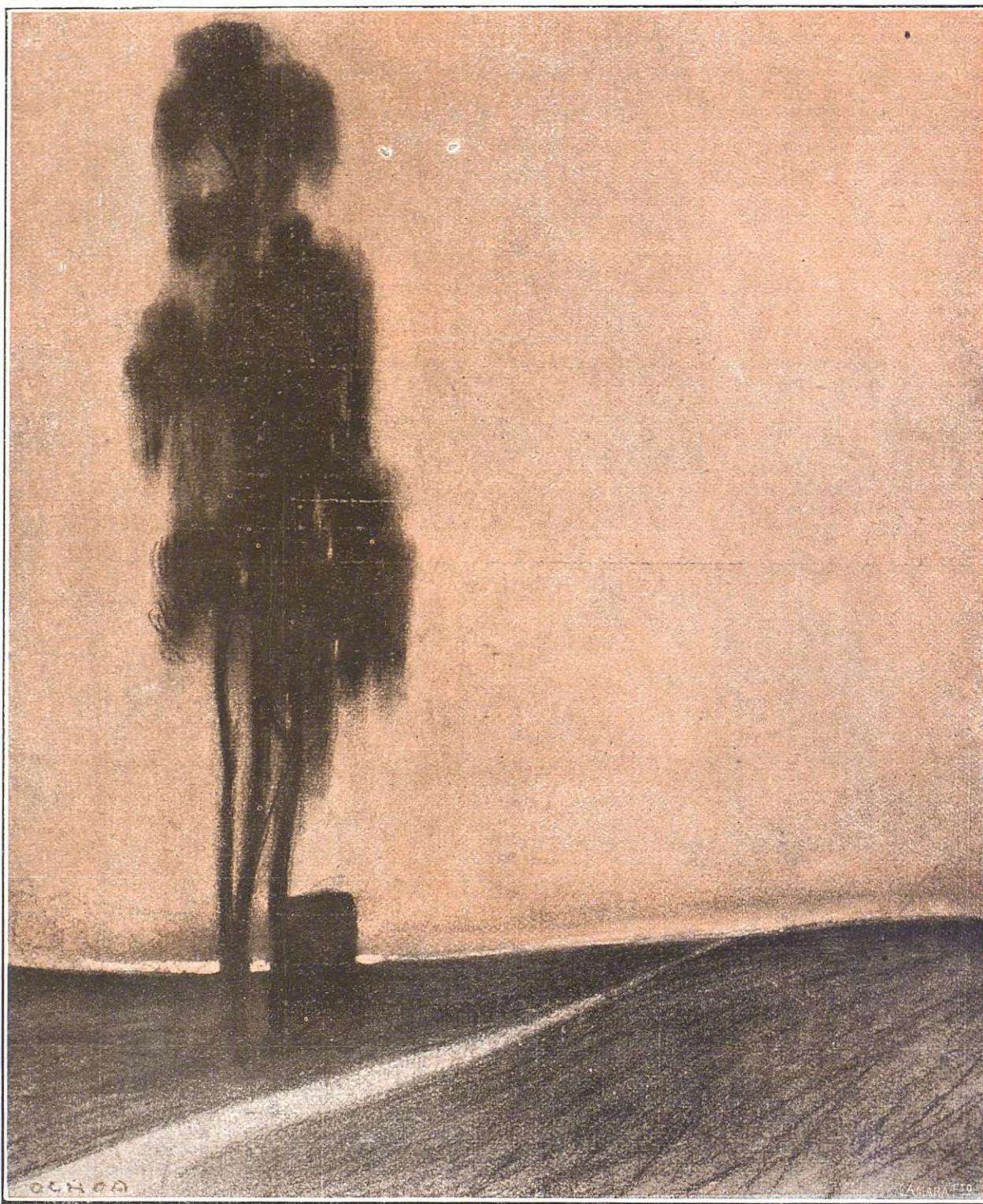
EL CABALLERO AUDAZ



D. Bernardino Machado con dos de sus hijas

POTS. CAMPÚA

HE VUELTO...



He vuelto á ver los rosales
floridos de tu balcón.
Estaban como encendidos
bajo la gloria del soñ.
He vuelto á ver de tus ojos
el brillo acariciador,
¡tu mirada!, ¡que es delicia
que llevo en el corazón!
De tu fresca risa ha vuelto
el divino surtidor
á sonar en mi sentido
como otro tiempo sonó...
Y he vuelto á escuchar, temblando,
traspasado de emoción,
el encanto inconfundible
del tesoro de tu voz...
A tu mesa me he sentado,
y tus manos—que son dos
blancas rosas milagrosas—
me han servido con amor.
Bajo tu techo he pasado
una noche. El corazón
saltaba en mí como alegre
colegio en vacación.
Tu casa me ha recogido,
y el sueño no me acudió

pensando que un mismo techo
nos cobijaba á los dos.
Por eso, apenas salido
en el claro Oriente el sol,
tus rosales me miraron
cerca de ellos al balcón.
Corté temblando una rosa
y la guardé con amor.
Para recordarte, nada
tan propio como una flor...
Luego se impuso el destino
que nos arrastra á los dos,
y sin confesarnos ambos
esta secreta pasión
—¡una vez más!—, tras un breve
y melancólico ¡adiós!
nos separamos de nuevo...
¿Hasta cuándo?... ¡Qué sé yo!...
Aún creía, ya muy lejos,
que escuchaba el surtidor
claro y fresco de tu risa,
y el encanto de tu voz...
Peregrino de imposibles,
de quimeras forjador,
caminante del sendero
dorado de la ilusión,

de sueños disparatados
perenne y gran soñador,
¿habrá para mí posada
en algún valle con sol,
en algún blanco camino
ó en un huerto todo en flor,
donde tú, la mesonera,
me acojas en tu mesón?...
¡Nunca jamás! ¡El destino
nos lo ha negado á los dos!
Y, á lo largo del camino,
tu fresca risa y tu voz
y el recuerdo de tus ojos
llagaban mi corazón...
No alegraban la llanura
ni un regato, ni una flor,
y entre zarzas y barbechos
de parda coloración,
y entre baldíos y páramos
desolados y sin sol,
el sendero se extendía
como una interrogación...

Alberto VALERO MARTÍN

DIBUJO DE OCHOA



UN EMPLEADO PROBO

MI querido cofrade don Amaranto Peláez es un virtuoso covachuelista muy digno de una hornacina en el martirologio moderno. Su cuerpillo, magro y desvencijado por el diario chocar con los esquinazos de la miseria, se guarece dentro de un chaquet, ribeteado de trenzilla, de un negro desvaído, al que las virtudes de constante pulcritud de su dueño han dado un magnífico brillo, que miran envidiosos los puños deshilachados y la tirilla restaurada con tiza, por el buen parecer, el día que S. E. tiene la bondad de llamarle á la firma. Porque podemos decir, para orgullo de don Amaranto, que él es el alma del negociado.

Sus calzones, en guíñapos, lucen pintorescos festones sobre los zapatos sin herretes y sin trenzillas, y su chapeo ha soportado las lluvias de cinco inviernos, y su carrik el rigor de cincuenta ventiscas.

Don Amaranto llega, invariablemente, á la oficina á las ocho de la mañana; se calza sus manguitos, se toca con un bonetillo la calva brillante y puntiaguda, y silencioso, con una tristeza mansa y resignada, trabaja hasta las dos, en que el ordenanza trae el parte de salida.

En este momento se torna á su casa. ¡Es la hora de comer! Pero como él no es sino un modesto auxiliar de la clase de quintos, eso de comer, á ciertas latitudes mensuales, generalmente no pasa de ser una hipérbole absurda.

Y en estas horas amargas, don Amaranto llega á su mezquino mechinal, donde le aguardan su mujer, triste, enferma y mal vestida, y cuatro niñacos como cuatro ruinas, en cuyos ojos candorosos, al mirar tan desolada pobreza, hay quizá un poco de recriminación hacia los que, en un momento de pasión ciega, les trajeron á una vida tan sordida, tan cruel y tan miserable.

Nadie le pregunta nada; entre ellos no se cambia un solo vocablo, aunque el fogón esté apagado y nunca llegue la hora de poner la mesa.

Y es que los sin ventura están acostumbrados á no comer; mejor dicho: han perdido la saludable costumbre de comer. En una ocasión, me decía la señora, con una sencillez más que trágica:

—Se nos han muerto tres hijos: Luisín, porque el médico á quien debíamos algún dinero, no quiso venir. ¡Julito y Nita, de hambre!

¡De hambre, sí! ¿No os parece sarcástico que se puedan morir así dos criaturas, al borde de una gran ciudad cristiana? Pues sucede, y la conciencia social no se estremece, y la vida sigue su curso, y mi querido cofrade, el virtuoso don Amaranto, no sintió en su alma un latigazo de rebeldía, ni pensó que todo lo constituido debía saltar en pedazos. Porque el señor Peláez es, ante todo, un hombre de orden.

La señora de Peláez ha sido una bella mujer: tenía unos lindos ojos negros, un seno matronil y unos dientes blancos, iguales. Ahora es una melancólica ruina. La Miseria, como un cruel vampiro, ha devorado su belleza y su juventud. Días pasados me contaba tristemente, con cierta macabra coquetería:

—¿Ve usted estos dos dientes de arriba? Pues se me están cayendo de anemia.

Y la veo partir, con su talma ridícula y vieja que cubre los estragos del tiempo sobre su rafida vestimenta, amarradas del trágico doméstico las manos que fueron finas y aristocráticas; metidos los pies en unos burdos zapatos; abatida al peso de su juventud fracasada; de toda su vida obscura, truncada, deshecha.

Hace veinte años que se casaron Don Amaranto y Doña Laura. El disfrutaba entonces un haber de mil pesetas—quince duros al mes—. Aquel doble suicidio ha tenido una agonía de otros veinte años. Ahora, Don Amaranto ya es oficial; es decir, en cuatro lustros ha obtenido un aumento de siete duros al mes.

El cuerpillo grotesco y desmedrado del ecuánime covachuelista ha sido suculento festín de usureros. Don Amaranto sabe bien la amargura de ver su ajuar de titiritero en medio del arroyo; conoce la bárbara cacería que sobre su personilla realizan mensualmente el panadero, el tendero, el carbonero... Los mozos de café son también para el Sr. Peláez una horrible pesadilla, y no supongáis que adquirió estas deudas por vicio de gula ni regalo de sus gustos. ¡Las noches de invierno son tan largas, el hogar desmantelado tiene un alma hostil que arroja de su seno, y en el café hay un ambiente tan suave y regalado, hay tanto derroche de luz, el piano



pone una hora de encanto y de melodía en las voluntades resquebrajadas por la pobreza! Además, el café con media tostada tiene cierta apariencia de cena...

Y digámoslo en elogio del heroico don Amaranto: jamás, ni en los días de bochornoso desahucio; ni en el asedio africano de sus acreedores; ni cuando tenía un hijo muerto, sin dinero para pagar la inhumación; ni en las horas en que doña Esperanza deliraba en el fermentido camastro, loca de tristeza y de hambre, jamás don Amaranto hubo de faltar á la oficina. ¡Oh, brava alma que rima con el balduque, que armoniza con

el papel de oficio, por estar tan bien templada en el fuego de las virtudes administrativas, bien merece una estatua con tus manguitos y tu gorro, sobre un pedestal de expedientes y de minutas!

¿Me preguntáis si don Amaranto Peláez tiene realidad? Sin duda, amigos; tiene la relativa realidad translúcida y enfermiza que le permite su mesada ridícula; pero existe y se llama así, y es mi querido y moribundo cofrade.

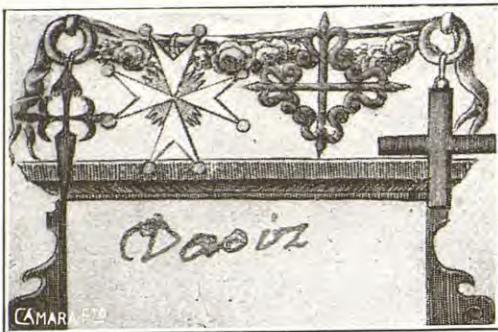
Y lo más lamentable es que don Amaranto es un hombre representativo.

E. CARRÉRE

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

AÑO NUEVO

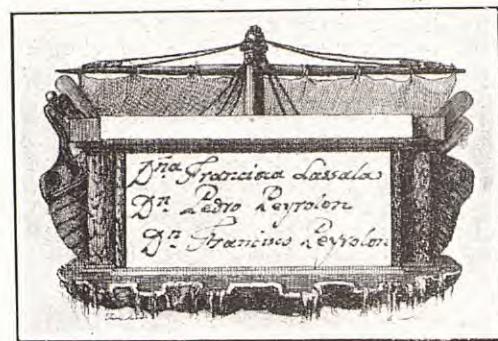
EL INTERCAMBIO DE TARJETAS



Tarjeta de D. Fernando Daoiz, marino de guerra español. Nació en Pamplona en 1737, perteneció a una ilustre familia y sentó plaza, como guardia marina, en 1754. Murió en Madrid en 18 de Febrero de 1818



Tarjeta de D. Pedro Cebolla, grabada por Francisco Jordán. Nació en Valencia en 1780 y murió en Portaceli en 1832, habiendo sido académico de mérito de la de San Carlos de Valencia



Tarjeta de D. Pedro y D. Francisco Peyrolón y doña Francisca Lassala, grabada por José Asensio, discípulo de Goya y profesor de grabado en la Academia de San Fernando

Sin saber dónde nace el veleidoso capricho de la moda, ni cómo impone ésta su última ocurrencia, todos la seguimos mansamente; y si, ante sus estrépitos, alguna vez intentamos una protesta, muere al fin en el fondo de nues-

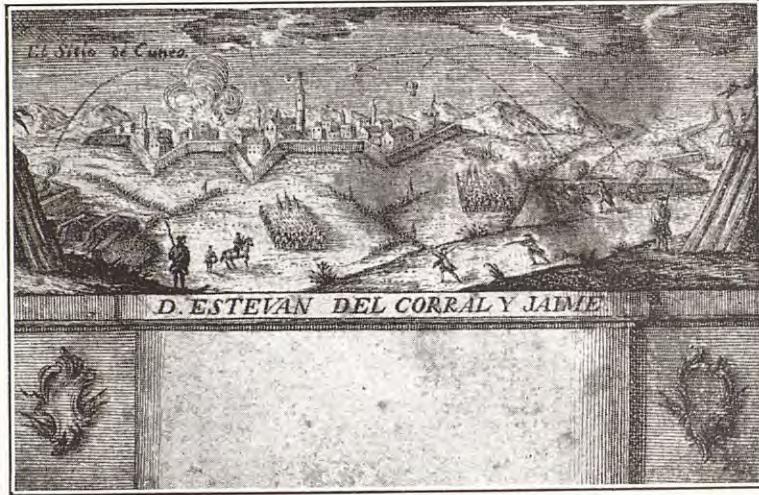
de pulsera? ¿Hay nada que tenga más frívola amabilidad que la tarjeta de visita?

Distraigamos nuestra reflexión con ese «pedazo pequeño y cuadrilongo de cartulina, con el nombre de alguno, y que se deja en la casa de

Nuestros abuelos, acostumbrados á contar las distintas fases del año por las festividades que en ellas celebra la Iglesia, aderezaban su cuerpo con las mejores galas del ropero, llegada que era la Natividad del Señor, y realizaban con sus



Tarjeta del caballero Vergadá, grabada por Pascual Cusó, nacido en Valencia. Floreció á mediados del siglo XVIII, y murió en su pueblo natal en 1793



Tarjeta de D. Esteban del Corral y Jaime, y cuyo autor, que fué de seguro un notabilísimo artista, se ignora, si bien se supone que perteneció al siglo XVIII

tro libre albedrío, por temor al qué dirán. La moda es la dictadora de nuestra vida.

En el vestir, en las costumbres, aun en el más trivial aspecto de las cosas que nos rodean, la encontramos siempre con la mano izquierda rígida, mandando imperativamente, y con la diestra levantada la espada amenazadora del ridículo.

Quiénes, la siguen ilusionados; estar á la última moda en todos sus actos, es prueba de buen gusto. Los más, por no darse á conocer, encógnense de hombros y se entregan á la voluntad del industrial con quien se contrata un mueble, un vestido...

En ocasiones, la moda da pruebas de un gran ingenio e inventa cosas de una juiciosa utilidad. ¿Puede darse creación más discreta que el reloj



Tarjeta de D. Joaquín de Lisboa, grabada por D. José Asensio

parientes y amigos un intercambio de visitas felicitándose todos por haber llegado un año más á la poética misa del gallo.

Aún se conserva esta costumbre en las aldeas y poblaciones de segundo orden; pero en las llamadas grandes urbes, las relaciones sociales se multiplicaron; las distancias de los domicilios interminables y muchas de las obligadas amistades quedaban en el intermedio de la etiqueta y la confianza. ¿Cómo cumplir con esas gentes en tales fiestas?

Visitarlas fuera tarea penosa; no dedicarles un recuerdo constituiría una desatención imprópria de las prácticas de sociedad.

La moda ideó la tarjeta. Ella, con su gráfico certificado, es un afecto ofrecido desde el sillón



Tarjeta del conde de Parcent, grabada por Pedro Pascual Moles, nacido en Segorbe (Castellón) en 1741. Fué socio de mérito de la Academia Francesa, de la de San Fernando de Madrid y de la de San Carlos de Valencia. Falleció en 1775

aquej á quien se ha ido á visitar», según la define el diccionario, y veamos cómo además la ha impuesto la moda para otros usos de sociedad: la provocación de un lance, un ofrecimiento de casa, una felicitación de santo, una recomendación de compromiso, la presentación de un sujeto con el que media poco interés.

El tarjeteo de Navidad ha sido una de las manifestaciones más espléndidas de la vida de la tarjeta; y decimos ha sido, por haber caído en desuso al imponer la tirana de nuestras costumbres que se haga en 1.º de Enero, como saludo al nuevo año.

¡Qué enorme cantidad de tarjetas se trajina en ese día por las estafetas de correos!



Tarjeta del marqués de Llanera, grabada por Vicente Galcerán, nacido en Valencia en el año 1726, y fallecido en su pueblo natal en el último tercio del siglo XVIII. Fué académico de mérito de la de San Fernando de Madrid

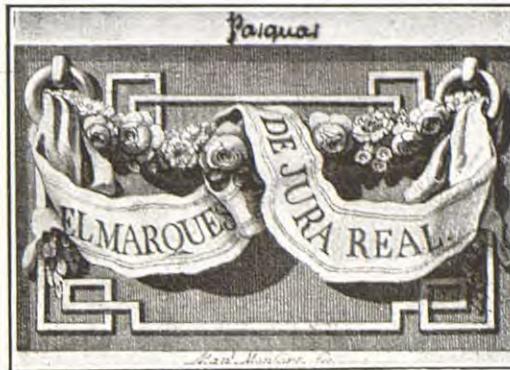
LA ESFERA



Tarjeta de doña Manuela Mercader, grabada por Vicente Pelegna, de Valencia. Murió en Madrid en 1865



Tarjeta de D. Francisco Soto, hecho en procedimiento caligráfico y con el autógrafo del felicitante



Tarjeta del marqués de Jura Real, grabada por Manuel Monfort, se supone que a mediados del siglo XVIII

poltrón de junto á la chimenea; una amable gálantería que cuesta poco.

Los arqueólogos intentan encontrar la progenitura de estas cartulinas en las *tesseras* de los romanos: pequeños discos de piedra pulimentada y de aristas redondeadas ofreciendo en su superficie, grabado, el nombre de algún ciudadano. La presentación de una *tessera* constitúa una eficaz recomendación para quien la mostraba.

Mas cuando aparece adoptada en la forma actual, es en las postrimerías del siglo XVII; entonces el grabado, en pleno desarrollo, se utiliza para un sinnúmero de manifestaciones de arte y

Los primeros años estas cartulinas se expendían en el comercio, y el comprador, después de elegidos los modelos que más se adaptaban á su gusto, manuscritaba en ellos su nombre.

Los aristócratas, deseosos de darles su personal aspecto, piden á los mejores grabadores de su tiempo un modelo original exclusivamente para ellos, con atributos de su heráldica ó profesión y con su nombre ó título de nobleza grabado con letra clara y lapidaria. Algunos modelos salen tan acertados, que el artista no tiene inconveniente en estampar su firma en ellos, y en ocasiones descubrimos el nombre de un pin-

Las de los padres escolapios son sencillas de adornos, y su letra contrasta por el carácter español sin rasgueos.

Tanto ingenio gastado con acertado gusto algunas veces, y otras en forma grosera y de mal gusto, llegando hasta el extremo de, en un papel cualquiera, vaciar con tijeras estrellas y polígonos que siguen el contorno de una elipse, y se emplea como trepa para pintar tarjetas, despreciando y prostituyendo este arte.

Además, Senefelder, con la litografía, lo entrega en absoluto al calígrafo, quien, aunque olvidando los rasgueos, como su gusto es menos



Tarjeta del conde de Trigona (siglo XVIII)



Tarjeta de D. Francisco Tomás y Jimeno (siglo XVIII)

para dar este carácter á muchos objetos hasta entonces de aspecto sólo utilitario.

Las gentes bien de las florecientes naciones europeas aceptan este coquetuelo juguete revestido de belleza, hasta bien entrado el siglo XIX, en que sus adornos mueren á mano airada de aquel prosaísmo llamado práctico que ha intentado despojar de toda añoranza idealista los actos de nuestra vida.

El esplendor de la tarjeta llega en aquellos años en que el barroquismo, con su plétora de adornos, ciega los ojos del artista y de sus admiradores, y ella, como las casacas aristocráticas, las literas y carrozas, las fachadas y galeones, aparecen abundantes de guirnaldas, de flores y frutas, conchas y ángeles rechonchos que orlan el pequeño espacio destinado á contener el nombre.

tor que idea el dibujo y el de un grabador que lo interpreta minucioso.

El valeroso militar, cuida que no falten en su tarjeta la espada y las banderas, y á veces hasta un panorama de la batalla gloriosa en que tomó parte; el erudito rodea su apellido de libros apilados en ringla interminable, y destacando de ellos la pluma y el tintero; el pintor coloca la paleta y los pinceles; el músico sus pautas, y los calígrafos, deseosos de emular con su arte á los pintores, decoran sus tarjetas con ringorrangeos hábiles, unos de ritmico enmaraño y otros recordando siluetas de flores y animales. Las letras son iguales que aquellas zaheridas por Cervantes al decir que no había diablo que entendiera.

depurado que el del dibujante, á veces idea concepciones cual la de colocar, metidos en el cuerpo de las iniciales, el resto de los nombres, un tanto chabacanamente.

El buen criterio intenta reaccionar y llega á la exageración, en el sentido opuesto: el más ligero adorno es desecharlo, hasta la tinta de las letras, y las tarjetas se convierten en un trozo de brillante cartulina, en la que un troquel ha puesto de relieve un nombre y los apellidos.

Un renacer artístico se inicia en nuestros días, y algunos grabadores extranjeros, como Wille Seiger, Alfredo Soders, Emilio Preetorius, Dachan, Behmer, Volkert y Vogeler producen tarjetas de visita, admirables conjuntos de un dibujo exquisito y apropiados asuntos.

MANUEL GONZÁLEZ MARTÍ



Tarjeta de D. Carlos de Feliú y su esposa, con adornos de recortes de trepa



Tarjeta de un escolapio. Caracteres de letra española con escasos rasgueos



Tarjeta litografiada de doña Teresa Bartual, viuda de Pastor

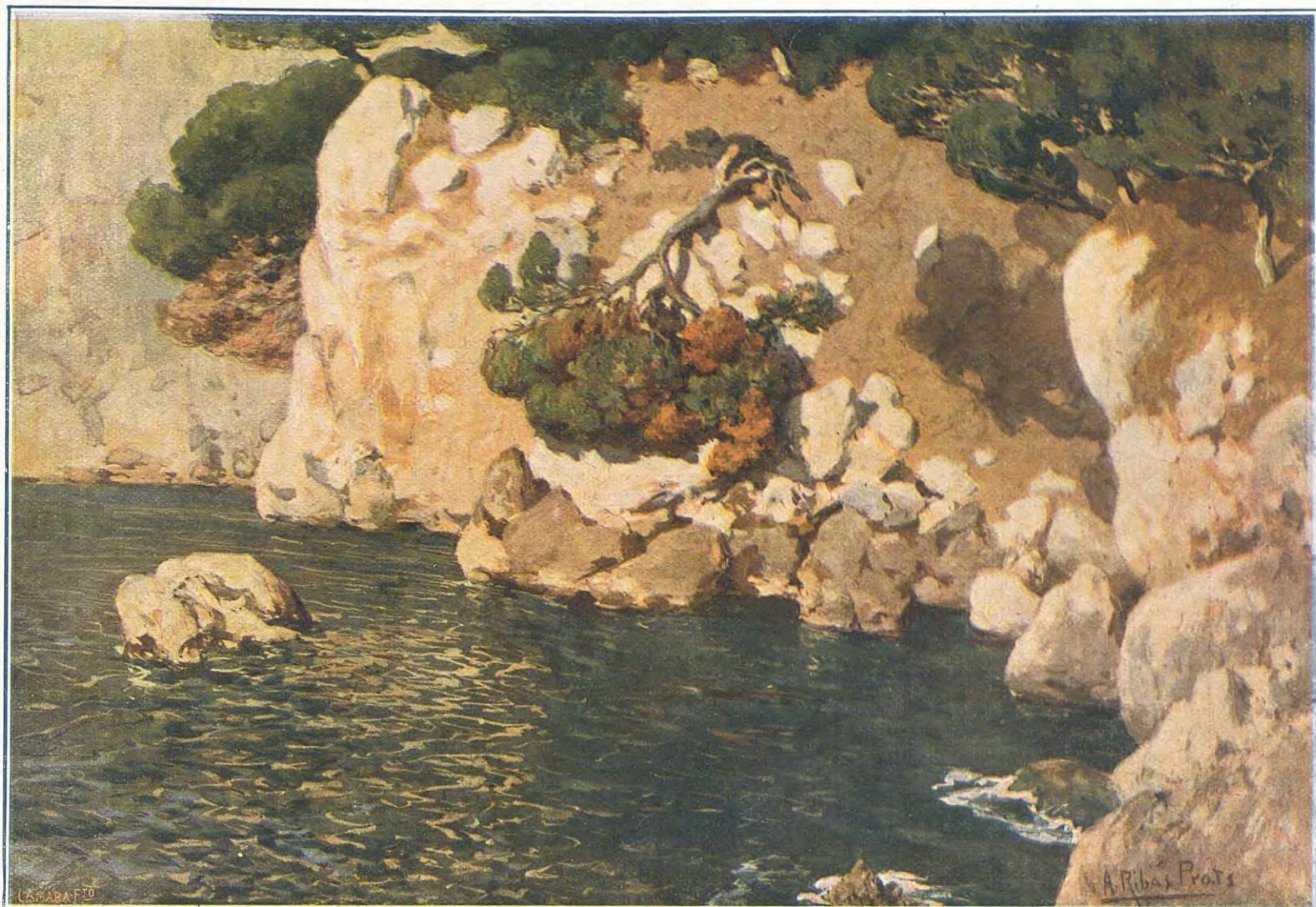
LA ESFERA

DE LA VIEJA ESPAÑA



Pórtico de entrada á una casa señorial en un pueblo de Asturias

FOT. REDONET



"Rincón de calma", cuadro de A. Ribas Prat

MÁS ALLÁ DE LA FICCIÓN

SE conocieron en el fondo de aquel romántico y solitario abrigaño que formaba la cala y donde parecía concluir el mundo.

La tierra ascendía sus ocosas paredes, que el sol enrojecía y los pinos encapuchaban, hasta el cielo limpio y muy alto. El mar tenía mansos arrullos, ceñía en collares de espuma las aisladas rocas y era, sobre todo, de un azul profundo, máximo.

Los primeros días iban cada uno en su lancha que gobernaban por sí mismos y cuyos remos abandonaban: por los pinceles, ella; por un libro, él. Luego terminaron por suprimir una de las embarcaciones, y buscaban ambos en la misma barca el deleitoso refugio.

Ella era una pintora yanqui; él un poeta español. No les acercó, sin embargo, la mentira de un posible amorío ó la frivolidad de un simple flirteo. Solamente una simpatía mutua, contenida en los límites de la amistad. Ella le mostraba sus apuntes, le decía su estético entusiasmo por la costa embrujada de sol, íntegra de su rudeza primitiva. El, la leía sus versos, comentaba lecturas y ponía literarias imágenes allí donde la pintora ponía colores.

Les seducía su alejamiento de la ciudad, la calma propicia á la inspiración que formaba parte de la gloriosa luz y el placido murmullo del mar, allí donde el mundo parecía concluir...

A veces transcurría mucho tiempo sin que ninguno de los dos hablara. Se abstraían en sus artes respectivas, y si uno de ellos sentía antes que el otro la necesidad de buscar asentimiento á cualquier idea, respetaba el ajeno silencio.

Una tarde la pintora dejó los pinceles antes que el crepúsculo la obligara. Aún estaba alto el sol y no reflejaba el mar los sangrientos desgarrones del horizonte.

Buscó la pintora con sus ojos los ojos del poeta, que no la veían. Decían las pupilas de él la lejanía de su pensamiento.

Ella respetó, como siempre, el silencio. Solamente cuando el escritor la preguntó: «¿No pinta usted más?», le respondió con otra pregunta:

—¿No le llamó á usted nunca la atención ese árbol que vemos enfrente á medio desgajar, tan frágilmente agarrado á la tierra y con sus ramas tan cerca del agua?

El poeta la miró sorprendido.

—En ese árbol pensaba ahora y ayer y desde siempre. Dírfase que quiere abandonar la tierra, hundirse en el mar, como un suicida cansado de vivir, y la tierra le sujetó. Violento é ignorado para nosotros debió ser el choque sufrido por ese pobre árbol, que le descuajó, y que, sin embargo, no le arrancó del todo. Es como esas vidas que una terrible pasión martiriza sin matarlas por completo. Seres rotos, desmembrados, incapaces, que van por el mundo en un lúgubre paso de fantasmas: que parecen muertos y, sin embargo, viven. Lógico habría sido que ese árbol se seca, que el jugo de sus raíces dejara de animar su tronco y renovar la pompa de sus ramas. Y, no obstante, ya vé usted cómo está de frondoso y cómo da esa nota patricia sobre el fondo ocreo de la tierra. Dírfase, además, que la fascinación del agua, tan cerca, le da mayor frescura y más sano vigor, como á esas mujeres que acuden pálidas á las playas y el aire marino fortifica y encalidece. Pero todo es ficticio. Ese árbol está herido de muerte. Contempla el mar como su cementerio un desahuciado. Más de una vez sentí, amiga mía, el deseo de trepar por esas rocas y cortar á hachazos la débil ligazón que le une á la tierra y le impide descansar para siempre. No lo hice porque es el más bello motivo de su cuadro.

—Debió usted escribir todo eso.

El poeta sonrió.

—Pienso hacerlo. Imagino una historia sentimental contemplando este árbol. Explico, tal vez de un modo muy exacto á la realidad, el motivo de su desgajamiento. ¿No cree usted que en el fondo agosto de esta cala recóndita pudo cumplirse una tragedia silenciosa? Acaso alguien se precipitó desde allí arriba, tropezó en el árbol y fué á hundirse en las aguas, tan azules, tan hondas, tan inescrutables... Quizá habría un

rojo hervor sobre las ondas azules. Y el árbol, tembloroso, estremecido aún, rozara con sus ramas las rocas. Luego, otra vez la calma donde se oyen estos suavísimos lengüeteos del agua cambiándose de azul en blanca contra los peñascos... Eso es mi cuento. Yo imagino, amiga mía, que una mujer francesa vive en Pollensa aguardando el fin de la guerra. Esta francesa vino á Mallorca, recién casada, hace cuatro años. Su marido, francés también, era un ingeniero que vino aquí á ponerse al frente de una fábrica. Se casaron por amor, y la guerra les separa. Un día la francesa se enteró de que su marido ha muerto. El dolor...

—¡Oh! —interrumpió la yanqui—. Pero esa historia es cierta. Esta francesa existe. Es madama de Valleroy. Yo la conozco mucho. ¡Está inconsolable! Hace más de ocho meses que no sabe nada de monsieur de Valleroy.

—Justamente. Las ficciones literarias, amiga mía, fueron antes episodios reales y cotidianos. Verá usted. El dolor la trae un día hasta aquí, en lo alto de ese acantilado...

Señaló el poeta con la mano, y al mirar intintivamente él y la pintora, lanzaron un grito de estupor.

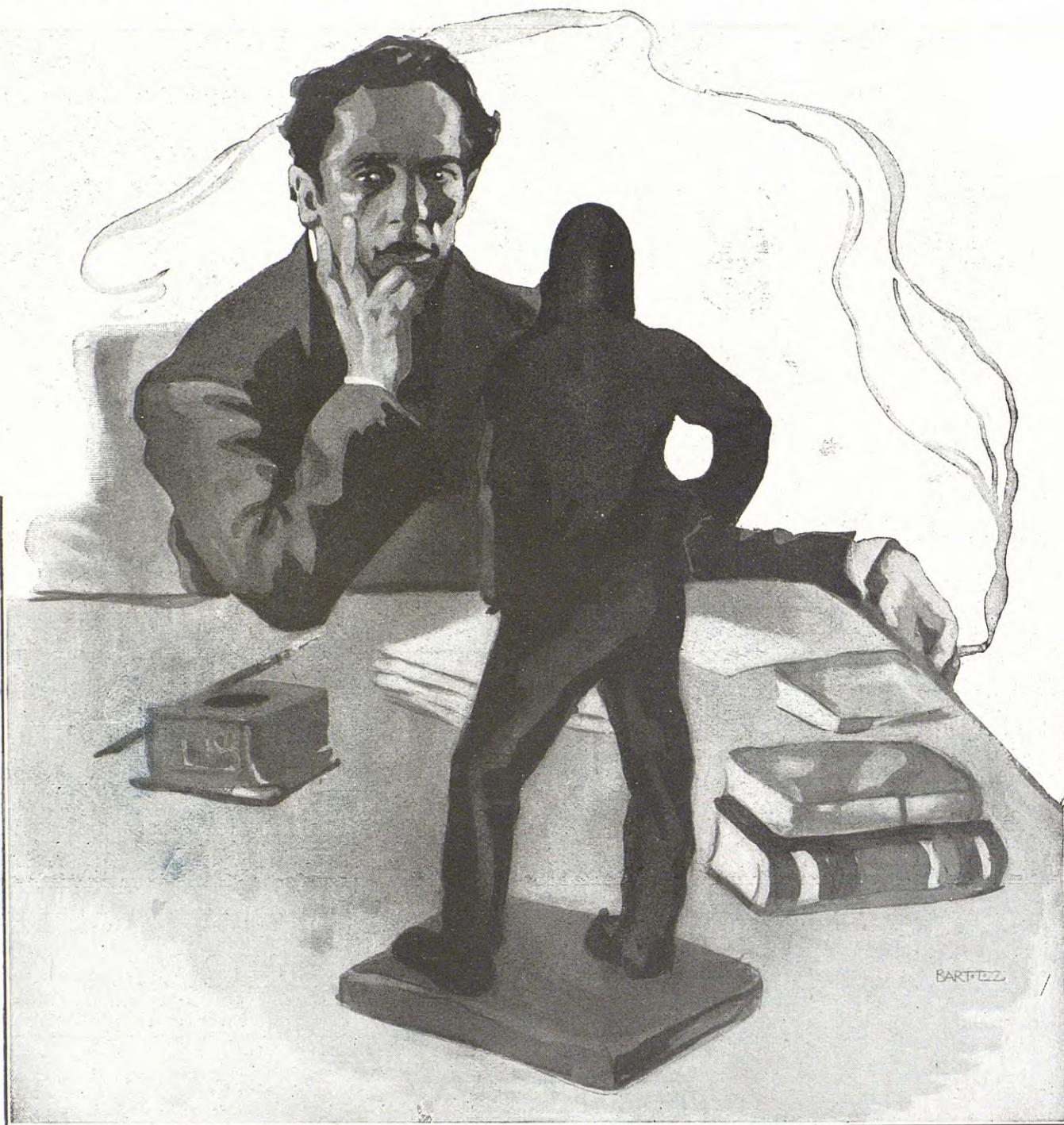
En lo alto del acantilado, recortando finamente su silueta sobre el cielo limpio, había una mujer. Era madama de Valleroy. Fué sólo un instante. Dio un salto en el espacio y cayó verticalmente. Su cuerpo tropezó en el árbol y acabó de desgajarlo.

Durante unos segundos hubo sobre el agua un rebullido de ramas rotas. En el muro de tierra quedó un boquete negro por donde asomaban las raíces del árbol, y en torno del boqueté, la sangre de la suicida se filtraba poco á poco...

—¡Pronto! ¡Aún podemos salvarla!

Ya era tarde. Las aguas se habían cerrado sobre el drama y recobraban su azul profundo é inescrutable. Suavemente, el tronco, frondoso del árbol desgajado se inclinó...

JOSÉ FRANCÉS

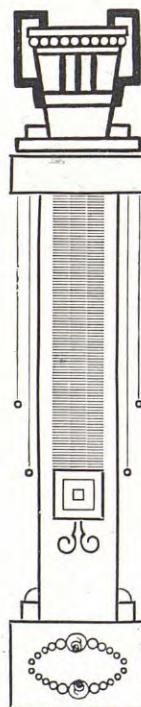


TARDE HENCHIDA Y ESTÉRIL

Esta tarde nubosa tiene el raro incentivo de dar á los objetos poder iniciativo tan fuerte, que dudárase si un divino decreto ha obligado á las cosas á decir su secreto. Para poder gozar de toda la belleza lograron mis sentidos máxima sutileza; y así, por milagroso modo, gozo consciente el paisaje encantado, íntima, plenamente. El olfato percibe los múltiples aromas de la floresta, hasta las elevadas lomas rojas de sol, alcanza el bien de la mirada; el viento, el río, la fuente modulan su tonada distintamente. ¡Oh, tarde propicia al alma, llena de anunciaciões y de no sé qué abstracta pena!

Desarrolla un camino su cinta cenicienta bajo de la amenaza cóncava y polvorienta del cielo, en cuyo fondo toman aspectos mágicos de una flora gigante los esqueletos trágicos. ¡Mi alma meditativa es un fuego que arde en el recogimiento solemne de la tarde! Pienso, quiero hacer versos, escribir la poesía del místico crepúsculo, aherrojar la armonía de la penumbra en versos de ritmo tan suave, que tenga algo del río, de la fuente y del ave —candidez rauda, curva blanda, trémula y viva que me trae la quimera de un alma fugitiva— y de los tristes árboles sin hojas, y del viento... ¡Todo lo que no digo y todo lo que siento!

DIBUJO DE BARTOZZI

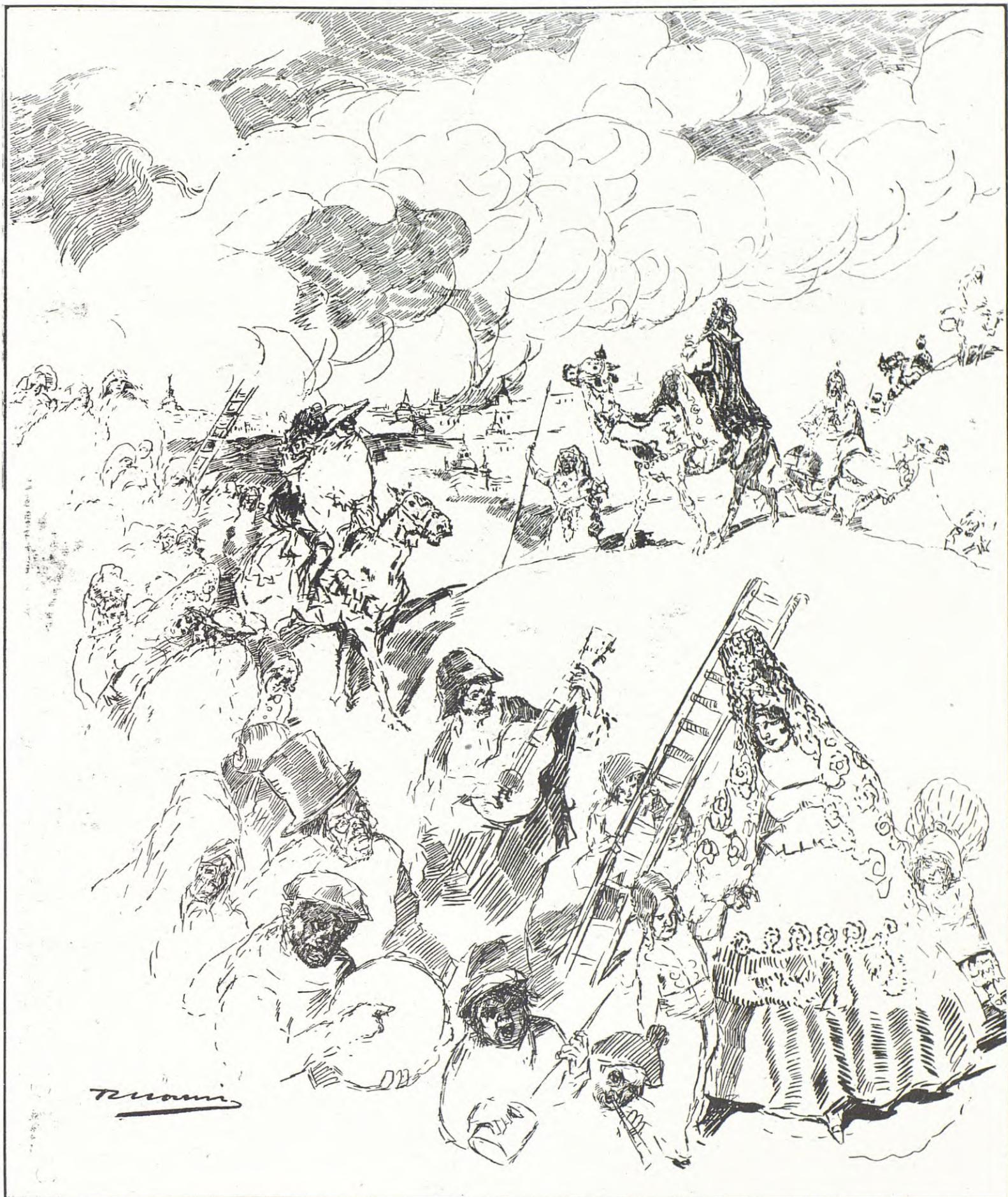


Hace ya mucho tiempo la impoluta cuartilla aguarda el jeroglífico, don creador ó mancilla, de la pluma, que, presa en la intranquila mano, traza ilusoriamente un pensamiento arcano en el aire. Algo eléctrico en la atmósfera vibra y también algo eléctrico sacude cada fibra de mi sér. Pienso... En vano trato la exuberancia de ideas sintetizar; en vano de la estancia en la quietud, aquieto mi espíritu intranquilo —¡oh, mendigo soberbio que desprecia el asilo!— y en vano del reloj los monorritmos sones cauce uniforme ofrecen á mis meditaciones. ¡Siempre blanco el papel, siempre alerta la pluma, y el mismo pensamiento que en el aire se esfuma!

La estrella de la tarde se cubre con un velo muy denso. Pesa el aire; hay calor. Por el cielo avanzan hostilmente dos nubes colosales preñadas de potencias, del choque de las cuales surge una sierra ignea que va á extinguir su fuego en la erección lejana de un campanario. Luego todo se queda en calma. Torno á bajar la pluma para trazar los signos del poema que se esfuma atrayente y esquivo... y es inútil: en cuanto toca el papel la pluma, se deshace el encanto. Y, al fin, cuando en la pugna me declaro vencido, igual que de las puntas escápase el fluido, de mi pluma se escapa invisible fragancia... ¡Y versos increados van llenando la estancia!

A. HERNÁNDEZ CATA

TRADICIONES ESPAÑOLAS



ESPERANDO Á LOS REYES

NOCHE de Reyes... Por caminos desconocidos viene la cabalgata de los Magos, siguiendo la estrella milagrosa que les sirve de guía. Mientras los niños sueñan esperando ver al alba los presentes que ambicionaban, el buen pueblo de Madrid se echa á la calle, confiado y alegre, dando la espalda al pasado triste y presentando el rostro al porvenir incierto. ¡Qué importan los apuros de la vida! Dicen que los días son difíciles; que hay escasez de harina y de carbón; que el trabajo escasea y las inquietudes aumentan; que amenaza á los hogares el hambre, el frío y la

desesperanza... ¡Bah! Este es el pueblo de los optimismos, que se hace fuerte ante la adversidad y sabe sonreír ante el dolor. Como tiene su corazóncito, tiene también su filosofía, la cual se encierra en un dicho vulgar, desde Cádiz á la punta de Machichaco: «al mal tiempo, buena cara». Por eso, despreciando la helada, los buenos madrileños cumplen con la tradición y salen á esperar á los Reyes Magos para hacerles los honores que merecen. En los cuatro puntos de la villa y corte hallarán Sus Majestades Melchor, Gaspar y Baltasar, devotos que les reciban y reverencien.

DIBUJO DE MARÍN

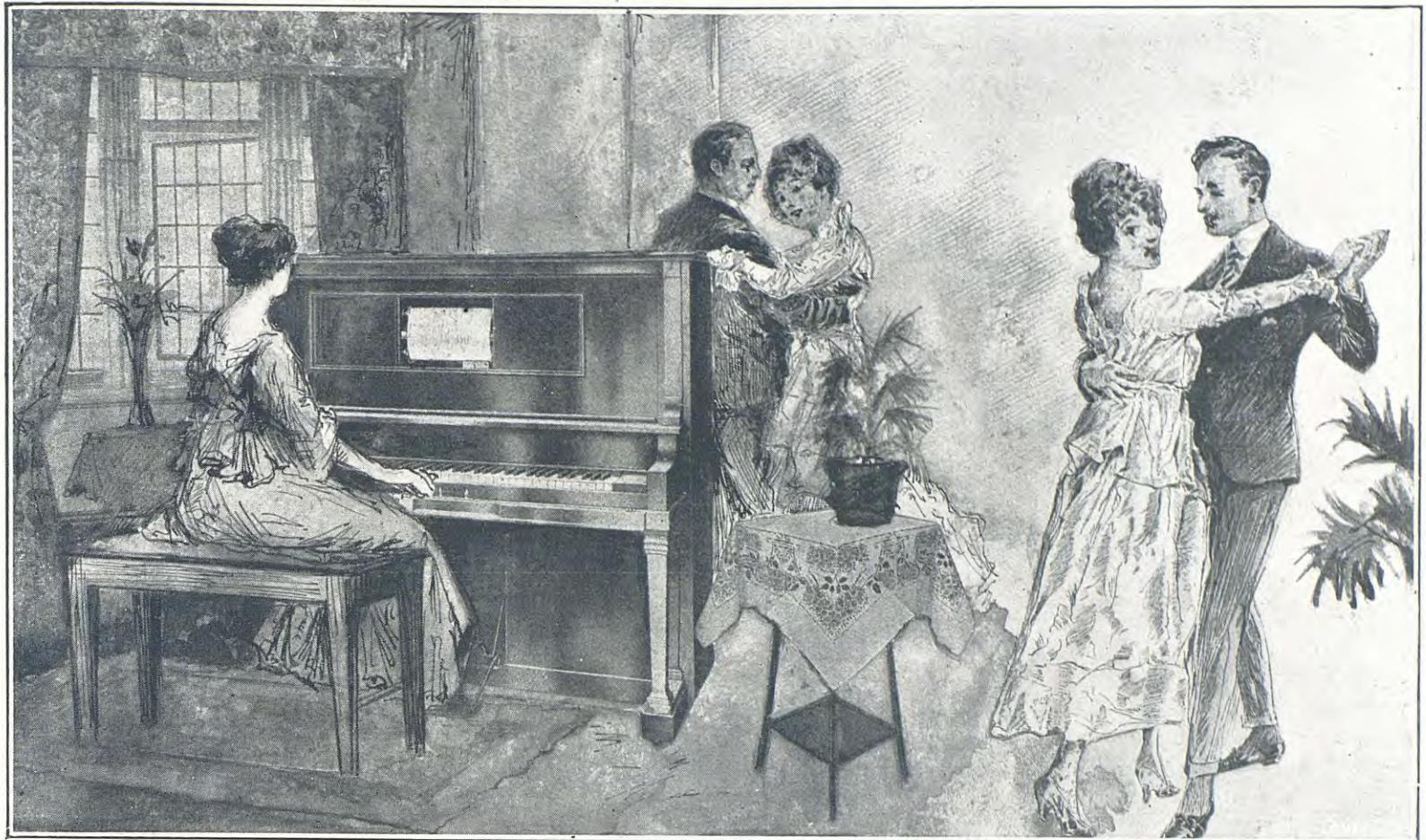
ESCENAS DE LA GUERRA



Heridos servios conducidos á un hospital de sangre en la linea de fuego

DIBUJO DE MATANIA

EL PIANO MANUALO



Oiga Ud. el PIANO MANUALO, y seguramente no dudará en la elección al comprar un piano automático para su solaz y recreo. Si es Ud. buen aficionado á la música no demore su compra.

VENTA EXCLUSIVA EN ESPAÑA:
Casa CAMPOS.—Calle de Nicolás María Rivero, 11, MADRID

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.

Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid

UNDERWOOD



Campeón
de las
Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º
Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
CASA SUIZA

ALFONSO FOTOGRAFO
FUENCARRAL, 6



¡Maldita la PECA-CURA
y maldito su inventor!
¡Imposible ir por la calle
sin que me fleche el amor!

Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 3.—Colonia, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

RAMOS Últimos modelos en
postizos fantasía. La-
vado y ondulación
Marcel en casa y á
domicilio. Teléfono
3.513.



Instituto de Belleza
MONTERA, 38.—Dirigido por Médico
especialista. Pídale nota de servi-
cios y honorarios

TINTAS
LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS
DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

SE VENDEN
los clichés usados en esta revista.
:-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:

Representante general en la República Argentina: SEÑORES MANRIQUE DE LARA Y COMPAÑÍA,
RIVADAVIA, 1.134-1.136, BUENOS AIRES



Representante en Barcelona: SEÑORES GARCÍA Y SENDRA, PASEO DE LA ADUANA.
Representante en Madrid: BLANCO Y LUQUE, S. A., DESENGAÑO, 27



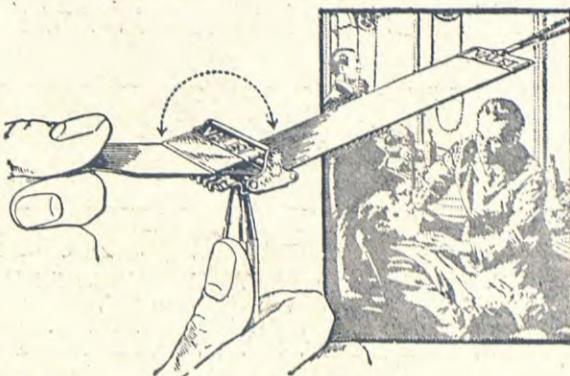
EL MODELO "B" AJUSTABLE

Suavízase á sí misma, mejor y más pronto que el barbero su navaja. Cada hoja, siendo legítima "VALET", afeitándose diariamente, dura varios meses, y con algún cuidado, mucho más de un año. En su estuche lleva el suavizador de sí misma y doce hojas de repuesto.

Todo completo, en su
Estuche de cuero, 25 pesetas.-De níquel-plata, 27,50 pesetas



"VALET" Auto Strop Safety Razor

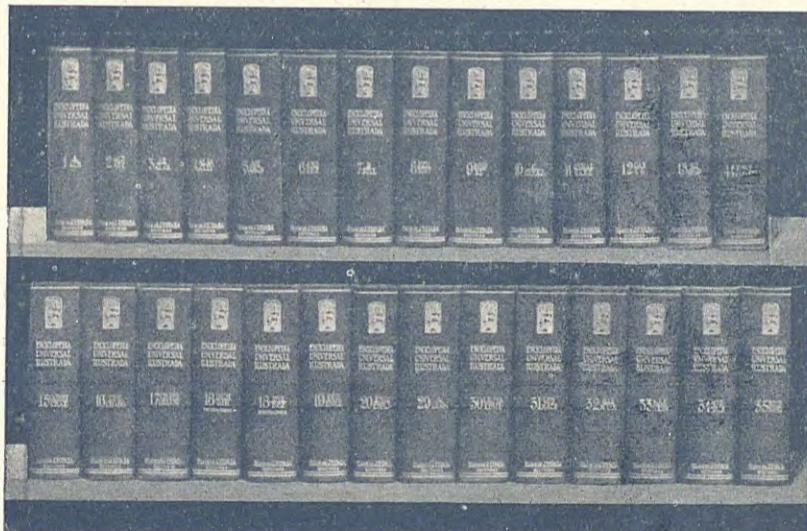


Al afeitarnos, nos da la impresión de una caricia, pues sus pases por la mejilla tienen los suavísimos toques del terciopelo. Por difícil que sea la barba, siempre, rápidamente, mejor que el más experto barbero, sin la más leve molestia, consigue un afeitado fino y limpio. Con el MODELO "B" AJUSTABLE, el afeitarse ha dejado de ser una incomodidad: **YA ES UN PLACER.**

Elegante → La sencillez misma → Sólida → Instantánea perfecta limpieza
Ninguna pieza suelta → Nada á estropearse → Absoluta seguridad de no cortarse

De venta en Madrid: HIJOS DE ALEXIADES, Alcalá, 53 e Infantas, 13.—ALTISENT Y COMPAÑÍA, Peligros, 20.—PERFUMERÍA INGLESA, Carrera de San Jerónimo, 3.—PERFUMERÍA "FORTIS", Puerta del Sol, 2.—COMPANÍA "GAL", Carrera de San Jerónimo, 2 y Arenal, 2.—CASA PITER, Puerta del Sol, 9. Y en los más lujosos establecimientos de esta Corte y de España y Portugal.

Agencia exclusiva y depositario para España y Portugal: **ANTONIO CHAVELI**, calle de Alberto Aguilera, 35, MADRID.-Correos, Apartado 616. Teléfono núm. 3.967



"ENCICLOPEDIA ESPASA"

PASTILLAS **BOLÍVAR**

CATARROS, ASMA, TOS

MURUA Y ALBIZURI
BANCO DE ESPAÑA 3 BILBAO

MUEBLES
DE GRAN
ESTILO INGLES
DE
GUSTO IRREPROCHABLE

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: Catarros, Tos rebelde, Grippe, etc

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquier que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrotulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID.



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la Mortadella "SIBERIA"



PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-**

SIANAS, Doctor Brun, 25 años de éxito mundial es el mejor reclamo, 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso, Martín Durán. Barcelona, Alina, Segalá, V. Ferrer. HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daibon. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz MANAGUA. Guerrero. GUATEMALA, Sierra. Zaragoza, Jordán. Valencia. Cuesta. Granada, Ocaña. San Sebastián, Tornero. Murcia, Seiquer. Vigo, Sádaba. Valladolid, Llano. Jerez, González. Santander, Sotomayor. Sevilla, Espinar. Bilbao, Barandiarán. Las Palmas, Lleó. Mallorca, «Centro Farmacéutico». Coruña, Sánchez. Mandando 6,50 pesetas sellos a Poussarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, Barcelona, remítense reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Desconfiad de imitaciones.



CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Lea Ud. los miércoles



MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

IMPRENTA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

IMPOTENCIA

curada, infaliblemente por las "PILDORAS HERIAL"

12,35 pts. la caja, 33 pts. las 3 cajas franco. Folleto gratis. Farmacia LAIRE, 111, r. Turenne, París.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, París.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

UNA PASTILLA VALDA

EN LA BOCA
ES UNA GARANTIA DE PRESERVACION

de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.

ES LA DESAPARICION INSTANTANEA

de la sofocación, accesos de Asma, etc.

ES LA RAPIDA CURACION

de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA

PEDIR, EXIGIR

en todas las farmacias

LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA

que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50

y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ia}
Barcelona.

Formulación:
Menthol: 0.002
Linalool: 0.005
Azuleno: 0.005

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos, Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS